



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

tores, suspiros lastimeros, salían de en medio de estas sinistras hecatombes; del seno de las estatuas abrasadoras en donde estaban encerrados los infelices judíos, se oían de tiempo en tiempo gritos sordos, desgarradores.... alguna cosa como los de la agonía que se elevasen de las entrañas del infierno.... estribillo lúgubre de este inmenso concierto de agonía.

¡Un silencio de muerte reinaba en el pueblo!... De cuando en cuando, la voz severa de los sacerdotes, dominando estos ruidos diversos, hacía oír un versículo del *de profundis* ó del *miserere*; salmodía lugubre que se unía como una espantosa parodia con los lamentos humanos, los estertores de la muerte, y el terrible chasquido de las llamas.

Luego, poco á poco, las llamas se apagaron, los suspiros, los lamentos y los gritos fueron más débiles y más raros, ¡y el pueblo se marchó lentamente de la plaza!... los grandes cuerpos del Estado se alejaron. Todo se había acabado.... La noche sobrevenia. El clero y los frailes habían quedado los últimos. Entonces, de lo alto de su trono más que real, Pedro Arbues pudo contemplar el quemadero, que, en este momento, parecia un inmenso brasero sembrado de manchas negras.

Grandes nubes de humo se cruzaban en el aire semejantes á las gruesas nubes sombrías. En medio de las hogueras, algunas ramás de alerce que acababan de consumirse, echaban todavía pálidos resplandores en esta profunda oscuridad. Pedro Arbues contempló con infernales delicias esta vasta arena de destrucción.... Rey de la muerte, dominaba en la nada. Luego murmuló, levantando los ojos al cielo, esas palabras terribles del salmista:

« Que Dios se levante y sus enemigos sean dispersados. Y los que le aborrezcan huirán ante él. Tales echarás como el humo lo es por el viento, como la cera se derrite en el fuego. Así los malos perecerán ante Dios. »

Y el alma tranquila, el inquisidor y el clero, se alejaron del teatro de sus crímenes. Así terminó esta memorable jornada.

XLII.

Un mártir.

Cuando los dos *guapos* hubieron arrebatado al gobernador, se habían rápidamente introducido en las intrincadas vueltas de las calles de Sevilla, las más estrechas y más tortuosas del mundo. El pueblo se había también prestado á su fuga; antes que hubiesen podido ser alcanzados por los esbirros de la Santa Hermandad, habían llegado á la puerta de Juana. Esta puerta se había abierto ante ellos como por sí misma, y los *guapos* y el gobernador desaparecieron: nadie había podido seguirlos ni ver el lugar en que se refugiaban; y luego, un día de auto de fé, había bastante que hacer sin ponerse á su seguimiento. Estévan, Dolores y Juana esperaban el resultado de este suceso; Juana fué la que, viendo llegar á los dos *guapos* cargados con su preciosa carga, les había abierto la puerta. Los había observado por la abertura de la pared de su casa que daba á la calle, esa especie de tragaluz, cerrado con una piedra por donde Dolores había sido vista por Pedro Arbues el día en que se había anunciado á los habitantes de Sevilla el auto de fé que se celebraba entonces.

Los *guapos* colocaron, con desconocidas precauciones, al padre de Dolores en un ancho sillón que adornaba la sala. Manuel Argoso no daba ya señales de vida. Sus brazos y manos colgaban inertes á lo largo de su cuerpo casi helado; sus ojos estaban enteramente cerrados, su cara sin color, y sus miembros quebrantados en muchos lugares, estaban cubiertos de llagas sangrientas y cicatrices medio cerradas. Su frente, antes cubierta de espeso pelo negro, se había vuelto casi enteramente calva,

y lo que quedaba al lado de las sienes habia tomado ese color pálido y enfermo que no es la blancura de la vejez, y esa suavidad esponjosa é inerte, testimonio cierto de una completa atonía y de una desorganización proxima.

En retorno, las uñas habian crecido desmedidamente, pero se habian puesto pagizas y blandas como las de un niño ó una persona que sale del baño. Viendo á su padre en este estado, Dolores no pudo contener un suspiro doloroso. Ella misma estaba tan pálida, y tan debil por los sufrimientos de la prisión, que no pudo resistir á este último golpe, cayó de rodillas ante el sillón en que Argoso estaba tendido, y con sus labios secos y descoloridos, besó la mano ya lívida de su padre, la mano querida y reverenciada que tantas veces le habia bendecido. Mas el desgraciado gobernador no respondió á esta demostración filial; la mano que estrechaba Dolores estaba inmovil y helada entre las de su hija.

— ¡Oh, Estévan! ¡Estévan! exclamó con un terror creciente, ¡veis, no responde á mis caricias!... ¡Su mano esta fria.... su corazón no late ya.... ¡Estévan! ¡dime que mi padre vive todavía!...

Estévan, abrumado por este dolor nuevo é imprevisto, por la desesperación de la que amaba, Estévan que estaba lleno de estupor al ver el rostro lívido y deshecho del gobernador, se acercó timidamente y puso la mano sobre el corazón de Manuel Argoso. Latia todavía, pero tan debilmente y con tan largos intervalos, que se conocia ser las últimas pulsaciones.

Dolores seguía todos los movimientos de Estévan con miradas llenas de angustia y cubiertos de lágrimas. Mas no se atrevia á hablar, estaba timido y receloso; tenia miedo de esa desesperación inmensa, de ese dolor santo de una hija que, despues de tantos esfuerzos y resignación, no hallaba á su padre más que para estrechar en sus brazos un cadaver.

— ¿Y bien? preguntó ella temblando; ¿bien? respondeme, ¿Estévan.... habla, que debo esperar?

— El corazón late todavía, dijo él; es preciso hacerle respirar algun espíritu.

— Tomad, tomad, dijo Juana, sacando de su bolsillo un frasquito de cristal de roca preciosamente guarnecido con un tapon de oro cincelado y lleno de esencias árabes, vivificadoras y saludables, productos preciosos de la alquimia de aquellos tiempos, mucho más adelantada, sobre todo entre los orientales, que se cree generalmente hoy.

Dolores se apoderó con viveza del frasco y hizo respirar el olor á su padre. Manuel Argoso hizo un ligero movimiento de cabeza; sus ojos, hasta entonces cerrados, se entreabieron. Dolores dió un grito de alegría, y levantando con sus manos la cabeza de su padre, la apoyó más comodamente en los cojines de terciopelo.

— ¡Oh Estévan! el vive, dijo llena de esperanza.

Manuel Argoso habia en efecto abierto los ojos; pero, como los ciegos de nacimiento, estos ojos miraban y no vehian; una sombra mortal los cubria. Sin embargo esta nube pareció disiparse poco á poco. Manuel Argoso demostraba tener una ligera percepción de lo que pasaba al rededor de él; el oído era el solo órgano que, en él no hudiese sido alterado: asi fué también el primero que se recobró en esta naturaleza muribunda. Volvió la cabeza del lado en que hablaban, tratando sin duda de recordar sus ideas fugitivas y hacerse cargo del lugar en que se hallaba. Bien pronto sus labios se abrieron. Pronunció muy bajo:

— El fuego.... Creia estar en el auto de fé.

Todo el mundo se calló, y se guardó el más profundo silencio.

— Mi hija.... Estévan.... dijo el gobernador á media voz, mientras que sus ojos, fijos en sus hijos arrodillados ante él, erraban de uno en otro sin conocerles.

— ¡Padre mio! exclamó Dolores.

— ¡Chito! dijo Estévan, callate; dejale, he ahí la vida que recobra.

— Tomad, dijo Juana, hacdle tomar este cordial.

Y presentó á Dolores, en una copa de plata, vino de Alicante añejo de diez años, mezclado con una ligera tintura de aloes.

Dolores mojó los labios de su padre; luego, introdujo con trabajo en su boca algunas gotas del cordial. Este licor benéfico pareció volver algun calor á esta sangre casi helada. El semblante del gobernador, antes tan pálido, tomó color repentinamente de un sonrosado fugaz; sus ojos tan cristalinos y tan vacilantes se fijaron en el rostro de Dolores con una inefable expresión de amor, de dolor y de pesar. Acababa de reconocer á su hija. Se sonrió debilmente con una indecible ternura; despues sus miradas debiles se pasearon lentamente de Dolores á Estévan y á Juana.

— ¿Adonde estoy? dijo en fin.

— En casa de los amigos, de verdaderos amigos, respondió Dolores; os habeis salvado, padre mio, y pronto dejaremos la España.

— Si, si... dejadla pronto, dijo Manuel con una voz que iba siempre debilitandose.

— Con vos, padre mio, dijo á su vez Estévan arrodillandose delante del gobernador, al lado de su amada Dolores.

Al verlos así, Manuel Argoso pareció experimentar una suprema alegría. A pesar de la debilidad extrema de sus miembros quebrantados por el tormento y ya inmóviles por la muerte, levantó con penas sus dos brazos, tomó la mano de su hija, la entregó á Estévan y balbuceó con una expresión de gozo celestial:

— Yo os bendigo, no os separeis nunca, y huid... huid...

— ¡Con vos! ¡con vos! repetia Dolores, sollozando.

— ¡Sí!... llevad mis cenizas.... ellos la echarian al viento.

Adios.... amaos.... siempre....

Estas palabras, cortadas por los últimos suspiros de la agonía, habian agotado lo que restaba de vida á este cuerpo destrozado. Manuel Argoso cerró los ojos, su cabeza se inclinó hácia atrás, su cuerpo se alargó con una ligera convulsión, y la mano helada de la muerte detuvo en sus labios un nombre comenzado. Era el de su hija. Dolores no dió un grito, no vertió una lágrima; volvió hácia Estévan sus ojos secos, los labios blancos y convulsos; y alzando las manos con ademán de súplica, le dijo mirando al que acababa de espirar:

— Nos seguirá, ¿es cierto?

— Á todas partes, respondió Estévan.

Dolores aplicó un beso piadoso en la frente pálida de su padre; luego le cubrió el rostro con un velo de batista que le habia dado Juana.

José llegó en este momento. En la actitud de las personas que ocupaban la sala, comprendió todo lo que acababa de pasar, y sus dos manos se encresparon con un movimiento energico de desesperación y de cólera. Su vista causó un dolor profundo en Dolores, cuyos ojos hasta entonces secos y abrasados se humedecieron con tristes lágrimas; se puso á llorar en el seno de este amigo fiel que la habia salvado; luego, con una acción muda y elocuente de dolor, le mostró el muerto que parecia dormir en una actitud pacífica y tranquila.

— Yo hice todo cuanto he podido, Dios mio, dijo José con ternura.

— Lo sé, contestó ella; habeis expuesto vuestra vida por salvarnos, porque si el inquisidor hubiese descubierto...

— ¡Mi vida! interrumpió el joven religioso con aire de desden é indiferencia; ¿que es mi vida y para que puede servir?

Estévan condujo al joven religioso á otra habitación para no perturbar el silencio religioso de la muerte. Dolores prosiguió arrodillada ante el cadaver de su padre.

— Don José, dijo Estévan cuando estuvieron solos, el que no existe ya nos ha mandado abandonar la España; perseguidos como somos, es muy difícil; sin embargo....

— Yo haré lo posible, dijo José.

— Nos ha ordenado llevar sus cenizas.

— A mí me toca tambien eso, respondió el dominico; partireis dentro de tres días, ese tiempo lo necesito para prepararlo todo. Hasta entonces, manteneos ocultos; no os presenteis en Sevilla, vuestra vida se veria comprometida. El tigre que la ha perdonado por capricho, podria por otro contrario privaros de la libertad.

— Sí, dijo Estévan, como lo hizo con....

José miró á Estévan con un aire significativo; no queria que supiese Dolores el arresto de Juan de Avila.

— Mas, dijo Estévan, hablais de un capricho de Pedro Arbues; el inquisidor está, lo espero, en manos de *Mandamiento*. La Garduña rara vez falta á sus compromiscs.

— La Garduña ha ejecutado mal nuestras órdenes, dijo José, no ha cogido al inquisidor, ha querido matarle; y como el inquisidor lleva una coraza, *Manofina* ha errado el golpe. Pedro Arbues está libre, Pedro Arbues está furioso, y su cólera se extiende á todo lo que al canza. ¿Cual será ella cuando sepa la fuga de Dolores? así, sed prudentes, y sobre todo tened paciencia; tres días se pasan pronto.

— Á veces son bien largos, dijo Dolores, acercándose á ellos para saber la resolución que tomaban.

Las crueles exigencias de su posición le impedian dar un libre curso á su santo dolor. En ellas es en lo que los desgraciados experimentan más amargura; ellas no dejan aún el derecho de afligirse con libertad. Los proscritos deben ocultar ó suspender sus lágrimas: no les es permitido llorar.

— Es cierto, dijo José repitiendo la frase de la joven, ¡tres días son á veces muy largos! y no obstante es preciso saber esperar.

« ¡Oh! Dolores, en medio de los males que os cercan, un consuelo os queda, un amigo por toda la vida, elegido y bendido por vuestro padre. Creedme, el porvenir puede seros risueño todavía; y no faltará nunca á vuestros placeres la venganza, esa siervia de Dios que toma muchas veces una forma humana para cumplir la voluntad de su divino Maestro, y que entonces se llama Justicia... Dios, la justicia eterna no ha olvidado las iniquidades de Pedro Arbues, él le herirá en su mismo trono de oro en medio de las pompas de su relajación y de su vanidad desenfundada....

— Don José, me dáis miedo, dijo temblando Dolores, estais sombrío y terrible como la fatalidad.

— Yo soy fuerte como la justicia, respondió José; pero, añadió con amarga sonrisa, mi alma está triste y desolada como el desierto. Yo no me regocijaré más que el día del castigo, entonces cuando Dios esforzará su voz para decir al verdugo de Andalucía:

— ¡Basta! ¡basta! desaparece del teatro de tus crímenes; yo estoy cansado de muertes y de persecuciones.

Al hablar así, José era bello y terrible como el ángel del Apocalipse. Estévan y Dolores se hubieran casi prosternado ante él. Mas, por una de esas bruscas transiciones que le eran familiares, José llamando de pronto á Juana que estaba en la otra pieza le dijo:

— Disponte á seguirnos dentro de pocas horas.

Luego se alejó prometiendo volver á buscarlos cuando, fuese hora. La misma noche, entre once y doce de ella. Estévan, Dolores y Juana llegaban á la puerta de *Mandamiento*. Dos *guapos* iban delante para servirle de escolta. Otros dos venían detrás á corta distancia; estos últimos llevaban en sus hombros una grande caja de madera perfectamente cubierta de tela y atada con cuerdas. Llevaban esta caja con precauciones desusadas y una especie de respeto. Dos *chiratos* los escoltaban para avisar en caso necesario. De cuando en cuando, Dolores se volvía para cerciorarse de que el arca preciosa les seguía y que nada detenía la marcha de los guardaños. Llegados á la puerta de *Mandamiento*, los dos primeros *guapos* llamaron de una manera convenida, el maestro abrió, y las siete personas y el arca fueron misteriosamente introducidas en el palacio de la Guardaña

XLIII.

El último día del disimulo.

La misma noche, José estaba solo en su celda. Sentado delante de una mesa de pies torneados, cubierta de libros ascéticos, contaba una después de otra y sumaba luego, después de haber escrito el total de cada cantidad en una cuartilla de papel, una enorme suma de letras de cambio que acababa de recibir en casa de un banquero judío (1). Era la fortuna del joven religioso.

— ¡Bien! dijo con satisfacción, después que hubo acabado sus operaciones de calculo; esto puede ahora transportarse donde se quiera y estos infelices tendran con que vivir. Luego volvió á colocar cuidadosamente estas letras en una cartera de raso encarnado, juntamente con una carta que acababa de escribir, un anillo de oro que sacó de su dedo y cabellos encerrados en un pequeño medallon. Ató luego todo con una cinta de seda verde que cerró con un sello de lacre del mismo color. Hecho esto, guardó la cartera en un bolsillo colocado entre el forro de su hábito. Cogió una cuartilla de papel, en la cual escribió encima en latin:

(1) Todos saben ya que las letras de cambio han sido inventadas por los judios, pero lo que no saben acaso, es que fué en España donde, para librar su fortuna de la avaricia de Fernando de Aragón y de la rapacidad de la inquisición, los israelitas crearon las letras de cambio por medio de las cuales ellos y los moriscos enviaban sus capitales al extranjero antes de espatriarse ellos mismos. Así este papel, que es hoy una de las cosas que hacen prosperar mas el comercio, facilitando las operaciones, fué en el decimo sexto siglo, un instrumento de ruina para la España que, gracias á la insaciable avaricia de Romo y á la crueldad con que la inquisición la secun-daba, llevó la mayor parte de sus riquezas á Francia, á la Alemania y á la Holanda.

« *Sereis juzgado mañana; pero vuestro arresto no ha sido comunicado al consejo de la Suprema. Haced valer esta falta de formalidad; el santo oficio se verá obligado á dejaros.* »

— Esto, dijo hablando consigo mismo, para que se lo lleven á Juan de Avila, mañana antes de la audiencia.

Y guardó el papel en la manga de su hábito.

— ¡Vamos! ¡prosiguió, todavía por algunas horas á soportar esa pasada cadena de disimulo y de engaño! algunas horas de trabajo y mi venganza será cumplida. ¿No he hasta ahora sufrido esta carga con valor? ¿no he servido, complaciente y docil, á las pasiones y á los vicios de ese monstruo que diezma la Andalucia? ¿No he hecho á su nombre una sangrienta aureola, bandera siniestra que atrae el odio y la rebelión? ¿No he lentamente abierto con mis manos debiles el abismo en que debe sepultarse? ¡Oh inquisición! ¿no he logrado hacerte bastante infame y bastante odiosa, en la persona del más criminal de tus miembros, para que la España, se levante en masa como un solo hombre á la señal que yo voy á darla, y destruya para siempre ese coloso insaciable?... ¡No importa! ¡yo haré caer la primera piedra de ese edificio de muerte! ¡j hare la España si tiene valor!

— ¡Oh! ¡Dios mio! dijo luego inclinando la cabeza en sus dos manos con un aire de abatimiento indecible, ¡Dios mio! ¡que fatiga!... cuando tendré reposo... ¡que horrible día este!... ¡Oh! ¡esas llamas, esos gritos de agonía! me persiguen por todas partes... por do quiera veo semblantes lívidos, espectros... por todas partes le veo, á él... que yo amé... á él, que después de tantos años me grita sin cesar: ¡Ven! ¡ven!... ¡Oh! los muertos participan acaso de la eterna clemencia de Dios, y no conocen ya más que el perdón... ¿Soy pues criminal, yo que me vengo?...

« No, no, prosiguió levantandose con una exaltación febril; yo obedezco la voz de Dios.... ¡Yo no soy más que el instrumento de la justicia divina!... Espera, espera, tu que llamas; el día está proximo, no aguardaras mucho tiempo....

Mas este rostro severo, en el que en cada músculo estaba pintado el sufrimiento ó un pensamiento, se despejó repentinamente; esta fisonomía altiva, que parecia ser la personificación viva de la cólera eterna contra los malos, se volvió como por magia dulce y risueña; esa ancha

frente cuyas cejas poco antes contractadas, se desplegó como una blanca tela puesta al viento, y la boca aspera y fiera del joven religioso se dispuso á mentir.

Habian llamado á su puerta. Abrió. Era Pedro Arbues que venia á buscarle hasta á su cuarto. Al volver del auto de fé, el inquisidor habia sabido la fuga de Dolores, y esta alma cruel, todavia no saciada con los suplicios y los tormentos, soñaba ya con nuevas víctimas. Pedro Arbues estaba pálido y fatigado, pero la insaciabilidad de sus instintos destructores sostenia aún su inagotable energía. Se sentó. Y mirando á su favorito, que permanecia en pié delante de él:

— José, dijo, ¡todos me venden hoy!

— Excepto yo, señor, respondió el joven religioso.

— Tu... si, lo sé, tu eres el único fiel, el único que sabe comprender las necesidades de este corazón feroz que late en mi pecho; el único que no ha contrariado jamás mis pasiones; el único, á lo menos, que me ha servido con interés. Los otros, ¿crees que no comprendo su decisión egoista? La protección que les concedo, el oro que les prodigo, los placeres que yo los proporciono, ¿no me son un seguro garante de su afecto y su fidelidad? ¡Enriquez que he hecho gobernador de Sevilla, los otros, á quienes hice consejeros, priores ú obispos!... En verdad, ¿todos ellos no contraen un grande mérito con serme fieles? Y sin embargo... sin embargo... añadió con rabia, Manuel Argoso ha sido ocultado hoy, y Dolores ha desaparecido de las prisiones del santo oficio.

— ¿Qué le importa á vuestra Eminencia? dijo José encogiendo los hombros.

— ¿Qué me importa, dices? ¡Por Dios vivo! yo enviaré á galeras á todos los carceleros del palacio de la inquisición; yo haré quemar esos frailes imbeciles, esos obispos pisaverdes... ¡y ese villano adornado con el traje del noble, que he hecho gobernador de Sevilla!

— Hareis bien, dijo José.

— No estoy por todas partes rodeado de traidores, repuso Pedro Arbues enardeciendose al recordar el atentado cometido contra su persona; hoy mismo se ha encontrado un hombre entre esa turba, que ha osado herir al grande inquisidor de Sevilla, ¡y ese hombre... ese hombre, era un familiar de la inquisición!...

— Lo sé, dijo con frialdad el favorito.

— ¿Á no se por ti, mi querido José, á no ser por tu

santa y saludable prudencia, que habria sido de mi?; por que yo debo la vida á esa coraza que llevo bajo mi capisayo, desde la noche que tu me seguiste á la cárcel, receloso de algun atentado contra mi.

- ¿Me he equivocado, señor?

- ¡No voto á Cristo! ¡y yo, injusto, me he irritado contra ti, contra ti, el angel custodio de mi vida!

- Es que la vida de vuestra Eminencia me es más preciosa que la mia, señor, y traté de conservarla.... ¡Oh! ella me es muy querida, prosiguió con una sonrisa sardónica; ¿mas por qué vuestra Eminencia se inquieta por la desaparición de la hija del gobernador? ¿Que le importa á Pedro Arbues una mujer más ó menos? ¿que le importa á un millonario un doblon menos en su arca? Creedme, señor, en ella no está vuestra verdadera gloria. Esas preocupaciones de los sentidos no sirven, por lo contrario, más que para debilitar el alma, para disipar los pensamientos fuertes, para amortiguar la energia de la voluntad. Por el terror es por quien reinais. ¡Pues bien! aumentad más vuestro poder. ¡No hay en Sevilla bastantes cabezas que derribar! Ese fraile arrestado hace ocho dias....

- ¡Juan de Avila! exclamó Pedro Arbues; ¡oh! yo le haré pudrir en los calabozos de la inquisición (!).

- Eso sería muy mal hecho, señor....

« Ese fraile, dijo José, ha predicado doctrinas contrarias á la fé católica; es preciso hacer un ejemplar, y asegurar el triunfo de la religión que hace vuestra gloria y vuestro poder. El papa y el rey os lo agradeceran; ambos abominan la herejia de Lutero. Haced comparecer á Juan de Avila, pero de una manera solemne; que la sesión sea publica; dejad libremente entrar á todo el mundo, y, á la faz de Sevilla, probad al condenarle que el que la Andalucía llama el apóstol, no es más que un miserable apóstata, un herético peligroso.

A medida que hablaba José, el rostro del inquisidor expresaba de una manera enérgica las diversas ideas que le agitaban. Vuelto á la grande pasión de su vida, la dominación, Pedro Arbues escuchaba con una indecible complacencia ese demonio tentador en figura de arcangel, que era, á fuerza de lisonjas y arterias, el alma de todas sus voluntades.

(!) Juan de Avila estuvo en efecto cinco años en los calabozos de la inquisición.

- ¡Oh! tienes razón, dijo Pedro Arbues; tienes razón, José; me olvido á menudo del verdadero destiño de mi misión en la tierra; me dejo demasiado llevar del fuego indomable de los sentidos, al torrente de mis pasiones devoradoras; el hombre domina casi siempre al inquisidor, y veinte veces ya las imprudencias á que me arrastra este temperamento de fuego han estado á pique de perderme. Tu eres muy feliz, tu, José, tus sentidos son tranquilos como los de una vírgen, ó más bien tu los dominas por la fuerza de tu voluntad. Tu eres el único entre nosotros á quien no han podido jamás reprochar la menor debilidad.

- Señor, para dominar á los otros, es preciso comenzar por dominarse á si mismo. El enemigo más difícil de vencer, es el yo humano. Vos no sereis realmente poderoso mientras que, sabiendo reprimir á tiempo una pasión ó un capricho, le sometais sin misericordia á las exigencias de vuestra posición y no la dejesis dominar.

- ¿Eres tu quien hablas, José, tu que tantas veces has servido á mis inclinaciones y mis caprichos, como los llamas?

- Todas las veces que no ha podido perjudicar á vuestra Eminencia, mas solo en este caso; hoy, excitar vuestro loco amor por esa joven que, sobre todo, no es más hermosa que otra cualquiera, sería una insigne traición para con vos.

« El pueblo está descontento, el hecho de hoy lo prueba bastante; no le irriteis más, señor, echandous abiertamente á perseguir á los fugitivos; tienen partidarios entre el pueblo. Por ahora dejadles en paz; si no los teneis, los hallareis luego; faltan cruzados (!) en España para perseguirles y encontrarles. Creedme, señor, tratad más bien de llamar la atención de esas masas turbulentas hácia otra parte; adulad al papa y al rey mostrando el celo más riguroso contra los reformados. En

(!) Los cruzados, á lo que dice un historiador de la inquisición, que no ha creído conveniente dar su nombre, eran una especie de cruzados cuyo objeto era la estirpación de la herejia por todas partes donde pudiesen hallarla. Según el mismo autor, los cruzados formaban una cofradía en la cual estaban afiliados gentes de todas clases, frailes y sacerdotes, obispos, soldados y cardenales, grandes señores y mendigos, gentes honradas llenas de fanatismo y salteadores de caminos. Esta cofradía, añade el autor dicho, tenía su asiento en Portugal. Si tal cofradía ha existido, si ha sido como puesta, como dice el autor anonimo, ha debido existir en Italia y no en Portugal.

fin, señor, sed un soberano espiritual muy poderoso, y no el miserable esclavo de una mujer.

— José, dijo Pedro Arbues, si yo fuese rey, te haria mi primer ministro.

— El ministro seria el primer esclavo de V. M., respondió el favorito.

— ¡Pues bien! sea, prosiguió el inquisidor con entusiasmo, sea, reprimamos los impulsos de esta carne indomable que me hace por momentos debil é indeciso como un niño. Seamos fuertes para reinar, y para reinar sin participación, sepamos someter nuestras propias pasiones. ¡Una mujer! ¿que es más que una mujer? ¿Que importa que se llame Dolores ó Paula, que sea hija de un grande de España ó del último gitano de Andalucía? ella no es, sobre todo, más que un miserable juguete indigno de ocupar lugar en la existencia de un hombre.

— Sin duda, respondió José, que al nombre de Paula se habia estremeado, sin duda, una mujer no es digna de que vuestra Eminencia se ocupe de ella más que algunos minutos: considerarla de otra manera que como un juguete ó una esclava, seria una gran locura. ¿Así pues mañana, señor, mañana más tarde, vuestra Eminencia hará comparecer ese fraile peligroso?

— Sí, mañana, repitió con viveza el inquisidor, ¿no debo defender los intereses de Roma? y cuales más grandes enemigos de Roma, que esos sacerdotes insensatos que reducen el apostolado á la simple observancia del Evangelio, como si ese código del catolicismo no tuviese una porción de ficciones y alegorias que cada papa, cada concilio, cada dignidad de la iglesia en particular, tiene derecho de interpretar á su modo según las necesidades temporales ó espirituales del país en donde viva, del pueblo que gobierna y de las suyas propias. Por otra parte ¡esos innovadores insensatos que predicán la libertad al pueblo! es para el un alimento mal sano que le perjudica en lugar de serle saludable. Jesucristo no ha dicho: « ¿Dad á Cesar lo que es del Cesar? » Los reformados dicen lo contrario: « Quitad al papa el poder que el papa tiene de Dios. » No, no, no lograrán abatir la cátedra de San Pedro; la iglesia obrará contra ellos con extremo rigor, es preciso que la mala yerba ne sofoque al grano; diez frailes como Juan de Avila acabarían pronto por sublevar la España y destruir la inquisición.

— Vuestra Eminencia se fatiga, observó José; necesita descansar después de un día como este.

— Y tu tambien, mi pobre José, dijo Pedro Arbues, pasándole la mano por la frente abrasadora de su favorito; mas, tu lo ves, me dejó siempre llevar del torrente de mis pasiones fogosas.... Vamos, adios, hasta mañana; yo voy á rezar todavía una hora para que el Espíritu Santo se digne iluminarme en esta circunstancia difícil.

El inquisidor se levantó. El favorito le acompañó hasta la puerta exterior de su celda.

— Señor, le dijo al separarse, suplico á vuestra Eminencia me conceda permiso para hacer en mi convento un retiro de tres días.

— Sea, querido José, lo comprendo.... tu necesitas recojerte.... por tres días solamente, entiendes; sabes que no puedo estar sin tí. Debo decir misa y predicar el domingo en la catedral, vuelve á la hora del sermón.

— Os lo prometo, dijo José.

— Hasta el domingo pues, repitió el inquisidor.

— Hasta el domingo, señor.

— Se exacto á lo menos á esta cita.

— Estad tranquilo, señor, procuraré no faltar.

José volvió á entrar, cerró tras si una gruesa mámpara de terciopelo encarnado; luego se sentó en un sillón, al lado de su cama, exclamando con un tono de satisfacción indecible:

— ¡Esto está hecho! es el último día de disimulo.

XLIII.

Un sacerdote según el Evangelio.

Volvamos por tercera vez ante ese terrible tribunal en que hemos ya visto comparecer tantas nobles víctimas; hemos asistido antes á una sesión bien interesante y solemne. Grandes nombres han sido echados como pasto de la hidra de Roma, y su escudo se ha roto contra esta sola palabra: « herético; » esta palabra, pronunciada por un tribunal sin apelación, ha bastado para anonadar para siempre y borrar de la lista social familias enteras cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos. ¡Pues bien! hoy, no es una familia, no es un gran señor español quien va á sentarse en el banquillo, para oír de boca del inquisidor la sentencia que le condena á morir ó permanecer eternamente infame. No es el poder, la riqueza ó la belleza á la que la inquisición hoy acrimina, es la caridad misma; la caridad hecha hombre y revestida con el simple hábito de carmelita descalzo, para consolar la España perseguida; el espíritu cristiano hecho carne para que, bajo esta forma vulgar, el pueblo no pueda desconocer y negar su existencia: un pobre fraile en fin, que ha pasado su vida en orar y bendecir. Este fraile es Juan de Avila. La inquisición ha temido más á sus virtudes que á los vicios de los otros; ella dijo:

« Destruyamos este, que es la condenación viva de nuestros crímenes. »

Pero, volvamos atrás algunas horas. Nos acordaremos de que, la noche antes, José había pedido licencia á Pedro Arbues, bajo pretexto de un retiro. En lugar de ir á su convento, como lo había anunciado al inquisidor, José había salido muy de mañana y había ido á la ta-

berna de la Buena ventura. Se encerró con Coco en el triste reducto en que dormía el alguacil; y el fraile y el hombre del pueblo hablaron largamente y en voz baja, José confiando á Coco importantes secretos con el más completo abandono, como aquel que está seguro de él á quien se dirige, y Coco recibéndolos con aquella alegría orgullosa de un subdito lleno de afecto, feliz porque se confían á él y se le pone á prueba.

Este coloquio duró más de una hora. Después del cual el alguacil se fué derecho á la inquisición, mostró al carcelero una orden de José sellada con el sello inquisitorial, para que le dejasen penetrar en el calabozo de Juan de Avila á fin de probarle (*), como se practicaba á veces con los presos del santo oficio. Le dejaron entrar; entregó al religioso el billete de José y después de haber pasado media hora en el calabozo, fué á casa del presidente del consejo supremo. Juan de Avila había, en su calabozo, escrito con un lapis que le había proporcionado Coco, un billete destinado al presidente. Coco le puso en sus manos, luego volvió á sus trabajos. José se había dirigido á la Garduña.

Volvamos ahora á proseguir nuestra relación desde donde la hemos dejado. Estábamos en la sala de la audiencia del palacio de la inquisición. Á nuestra vista, siempre el mismo aparato lúgubre que se despliega en tales circunstancias. Solo, desde la mañana, la noticia ha circulado por la ciudad de que la sesión sería pública, y que todo el mundo tendría libertad de asistir á ella. Grande ha sido el rumor entre el pueblo, y muchos han abandonado sus negocios para ir desde muy temprano al palacio de la inquisición. ¡Era tan raro obtener este favor! Las audiencias de este tribunal, cuya organización no se parecía á la de ningún otro, y que procedía casi sin regla y sin orden, según el libre arbitrio ó capricho de cada inquisidor; estas audiencias, digo, cuyo favor estaba reservado á los amigos de la inquisición, eran casi exclusivamente el espectáculo habitual de los frailes y grandes señores familiares.

(*) La inquisición no tenía más que el tormento y las palabras dulces para arrancar confesiones á los que quería salvar de las penas eternas; como la policía de ahora, tenía demonios tentadores que, bajo pretexto de consolar los presos, los visitaba y procuraba arrancarle los secretos que iban al momento á comunicar á la inquisición. Estos agentes del santo oficio se llamaban probadores.

Esta vez, Pedro Arbues había cedido á la influencia de los pérfidos consejos de su favorito, haciendo pública esta sesión en que debía comparecer el amigo del pueblo, el santo reverenciado de los sevillanos, el consolador de las almas afligidas, el padre de los pobres y de los oprimidos. Un gentío inmenso asediaba el palacio mucho tiempo antes de la hora; y no era solo el pueblo el que había corrido á esta solemnidad, eran familias enteras de ricos hidalgos, sorprendidos por un proceso semejante, y ansiosos de ver de que crimen se imputaba á un hombre que era el modelo de todas las virtudes.

En el momento en que las puertas se abrieron, esta multitud avida se precipitó dentro de la sala del tribunal, que en un instante fué llena. Muchos se vieron obligados á quedar fuera; un número mayor estaba en la calle y sus inmediaciones esperando con ansiedad la conclusión de la sesión, para saber más pronto de boca de los primeros que saliesen el resultado de la decisión inquisitorial. Toda Sevilla estaba en conmoción como para un grande y fatal suceso. Esta vez, aún extraviado por las insinuaciones de José, Pedro Arbues se había equivocado sobre el verdadero espíritu público: ¡así yerran casi siempre los poderosos del mundo!

Cuando se sentó en el sillón de la presidencia, Pedro Arbues tenía una fisonomía radiosa que descubría sus sensaciones interiores; se consolaba en parte de la pérdida de Manuel Argoso y Dolores, con la esperanza de condenar á Juan de Avila. Esta mudanza no se ocultó á los espectadores, y el odio público que se tenía al inquisidor se aumentó este día por la tierna veneración que inspiraba el apóstol. Muy luego se presentó el acusado.

Su aspecto, sin ser fiero ni altivo, tenía una majestad suma, y una tranquilidad evangélica. Se presentaba en su semblante apenas alterado por ocho días de sufrimientos y reclusión. Llevaba en su frente la gravedad dulce pero enérgica del verdadero pastor del Evangelio, y al verle adelantarse al centro de la sala con la libertad y la sencillez de la inocencia y de la fuerza, llevando sus cadenas como cualquiera otro hubiera llevado un cetro; al verle dirigir al rededor sus miradas serenas, dulces y paternales como cuando visitaba sus pobres, y fijarla, en fin, en el grande inquisidor que, á pesar de su audacia habitual, no pudo sostener esta mirada acusadora, se habría dudado cual era el juez, si Pedro Arbues ó Juan

de Avila, si este, con la más interesante humildad, no fuese á sentarse en el banquillo. Allí esperó á que se le interrogase.

Pedro Arbues, desdeñando las formas ordinarias, sin preguntarle su nombre ni su edad, sin proceder con orden y método, así como debía hacerse, le dijo con tono breve:

— Levantaos.

Luego, conociendo que esta aspereza le hacía salir de su papel de inquisidor, repitió con dulzura afectada:

— Levantaos, hermano, y responded.

Juan de Avila se levantó y presentó á la vista de los espectadores su bella y noble figura. Todos los corazones estaban suspensos, y á pesar de la presencia de los inquisidores, de las palabras cambiadas en voz baja, un murmullo general demostraba la simpatía del pueblo.

— Hermano, prosiguió Pedro Arbues, nuestro celo por el servicio de Dios no puede dejar de recordarnos que sois uno de sus ministros, y que llevais la ropa sagrada de los levitas; mas por esto mismo tambien, nuestra responsabilidad es mayor, y no debemos tolerar en vos la menor cosa que tienda á alejar á los demás de la estricta observancia de los santos canones que son el código de la iglesia.

— El código de la iglesia cristiana es el Evangelio, respondió simplemente Juan de Avila.

— Los concilios han hecho adiciones á ese código, replicó el inquisidor; la iglesia de Jesucristo tiene el derecho de continuar la obra de su divino maestro.

Juan de Avila permaneció en silencio; el inquisidor había esperado una respuesta, contaba con cogerle insidiosamente por sus propias palabras, su esperanza fué engañada. Prosiguió:

— Hermano, encargado de una misión santa, encargado de conducir y dirigir las almas por la predicación, ¿per qué tendéis á extraviarlas por lo contrario, propagando las doctrinas de los innovadores? ¿Sabeis que eso es un crimen de lesa catolicismo?

— ¿De eso es de lo que se me acusa? preguntó Juan de Avila.

— Ese es vuestro crimen, hermano, ó mejor dicho vuestro error, añadió Pedro Arbues con fingida moderación.

El inquisidor hizo una nueva pausa; Juan de Avila tampoco respondió.

— Habéis dicho en el púlpito, prosiguió el inquisidor, que Dios es igualmente bueno para todos, y que derrama igualmente sus beneficios sobre los justos y los pecadores.

— Eso no soy yo quien lo ha dicho, respondió el apóstol; Jesucristo mismo es quien, no solo lo ha probado con sus palabras, sino también con sus acciones.

— Jesucristo ha echado el anatema sobre los impíos y los heréticos, replicó Pedro Arbues.

— Jesucristo no ha fulminado el anatema sobre nadie, señor; no ha acusado, no ha infamado sino á los hipócritas, aquellos que encubren sus vicios con el velo de la devoción y de la virtud: aquellos que, bajo un rigorismo exterior, ocultan groseras torpezas; á esos es á quienes Jesucristo ha señalado, señor. Los demás, los descarriados ó arrepentidos, los ha cargado sobre sus hombros, los ha recibido y reanimado en su seno con el calor vivificante de su santo amor, de su divina caridad.

El auditorio escuchaba con un recojimiento profundo; el apóstol dominaba la concurrencia con toda la fuerza de su sublime moral. Pedro Arbues perdía su audacia, y comenzaba por arrepentirse de haber dado á esta audiencia semejante publicidad. Sin embargo, viniendo en su auxilio la astucia del inquisidor, continuó con tono firme, lento y solemne, dulcificado por la gazmoñería de la humildad, pero con todos los esfuerzos de su voluntad altiva é indomable.

— Hermano, dijo todavía á Juan de Avila, no es solo en vuestras predicaciones en que os habeis mostrado ardiente partidario de la reforma, ó mejor dicho que habeis demostrado una indiferencia culpable por el culto católico romano, y una tolerancia más culpable todavía por los desgraciados heréticos que se separan voluntariamente del seno de la santa iglesia.

— No comprendo, señor, dijo el apóstol.

— Haceis, dicen, vuestra sociedad más frecuente y más querida con los pobres, judíos y moriscos; y basta pertenecer á una de estas castas malditas y reprobadas...

— Señor, interrumpió el apóstol con una simplicidad sublime, esas castas son desgraciadas y perseguidas; las otras no necesitan de mí.

Un largo murmullo de admiración apasionada acogió estas palabras tan sencillas, pero que pintaban toda el alma, toda la vida de Juan de Avila.

El inquisidor comprendió que le sería difícil condenar

el apóstol á la vista de toda la población de Sevilla. Había creído no tener más que decir una palabra para convencerle, mas por el solo poder de la verdad, el santo predicador rechazaba victoriosamente estas acusaciones absurdas, y el triunfo era suyo no buscando más que la felicidad de la oscuridad; porque la predicación, esa misión divina legada por los apóstoles á sus sucesores, esa hija del Evangelio, de la cual la iglesia romana he echo una cómica que gesticula y acciona en las iglesias de Cristo; la predicación no era para Juan de Avila más que un medio de consolar é instruir, y no un resorte de ambición mundana. El humilde carmelita no esperaba de su elocuencia, vehemente y apasionada, los honores del episcopado; él no predicaba como un abogado ó un cómico, sino como predicaban san Pablo y Santiago, esas dos columnas de la fé cristiana, esos padre del rebaño que, los primeros después de su divino Maestro, introdujeron en el mundo las semillas de la caridad y de la libertad; tesoros divinos, único manantial de la virtud de los hombres.

El inquisidor era demasiado perspicaz para no adivinar cuales sentimientos animaban á los espectadores; por otra parte, conocia la fidelidad del pueblo español, su inviolable decisión por la fé católica, á pesar de la horrible opresión que se le hacia sufrir; Pedro Arbues sabia muy bien que todas esas rebeliones que conmovian el país no eran dirigidas contra la religión; los españoles eran demasiado religiosos para eso; solo contra los opresores, contra los que, en nombre de esta misma religión, cometian todos los días abusos infames se dirigian. Trató pues de atacar el lado debil del pueblo, viendo de probar que Juan de Avila era un mal católico. Dirigiéndose de nuevo al acusado, le dijo:

— Hermano, es bien doloroso para nosotros tener hoy que reconvenir á un ministro del Evangelio que, hasta aqui, no habia dado sino muestras de virtud; pero todos somos débiles y mortales; el espíritu malo vela constantemente, se apodera pronto del que no vive prevenido, ó se descuida algunos momentos. No queremos entrar en los misterios de un cambio tan repentino obrado en vos; pero es cierto, seis testigos lo han afirmado, dijo Pedro Arbues designando con la mano el libro de las declaraciones colocado sobre la mesa; es cierto, dijo, que vuestro talento, tan luminoso y tan profundo, se ha dejado se-

ducir por las doctrinas pestilentes venidas de Alemania. Habeis asegurado muchas veces en el púlpito que las prácticas exteriores son poco importantes, que la pureza del corazón es el todo; ¿negais esto, hermano? ¿y no son estas las doctrinas de los reformados?

— Yo le niego en cuanto á las expresiones, respondió Juan de Avila; es cierto que al denunciarme se han desnaturalizado mis intenciones y palabras. He dicho, señor, y lo repito aquí ante vos, porque lo creo conforme al verdadero espíritu del cristianismo; he dicho que las prácticas exteriores no son nada sin las obras; nada, sino son acompañadas de la rectitud del corazón y pureza de las intenciones. Creéis, señor, añadió recobrando su calma y fijando sus ojos en el inquisidor, creéis que sea agradable á Dios, el que se prosterna ante los altares y besa el polvo de las iglesias, teniendo el alma manchada con el asesinato, la venganza ó el adulterio? el que clama á Dios con suspiros y sollozos: «¡Dios mio, perdonadme!», y resuelve en su corazón la destrucción de su enemigo: el que dice á Jesus: «Cordero sin mancha, tened piedad de mí!», y que al salir de la oración, va acaso á entregarse á todo el cenegal del vicio? el que...

— Hermano, interrumpió el inquisidor algo turbado, porque estos dos hombres parecían haber cambiado de lugar; hermano, ¿sabéis si el que suplica y llora golpeándose el pecho no es tan agradable á Dios por su arrepentimiento mismo, como el orgulloso que dice: «Yo no necesito de oración, yo soy puro!»

— Señor, replicó el carmelita con voz tranquila, grave, imponente, á la cual el acento de la verdad enérgica y libre, de la convicción íntima daba una vibración eléctrica, una autoridad irresistible; señor, os suplico, que no entremos en esas discusiones teológicas en las que la fé nada ganaria. Ese pueblo que nos escucha, es justo, pio y creyente; no se inquieta por saber en que forma más ó menos abstracta debe hallarse la verdadera observancia de las leyes del Evangelio, y yo tampoco he puesto mucho cuidado en enseñarselas. He dicho solamente, sé dulce, casto, y caritativo, porque Jesucristo, nuestro modelo, ha sido caritativo, casto y dulce. He dicho: «Amaos y socorred unos á otros porque todos sois hermanos é hijos de un mismo padre que es Dios; y he dicho esto no solo á los cristianos de la iglesia católica romana, sino á los que se adherían á la iglesia reformada; lo he dicho

también á los moriscos, á los judíos convertidos todavía vacilantes en su fe, y á los que habían abandonado solo por miedo la creencia de sus padres. Á todos he predicado la misma moral y la misma ley, y muchas veces, ¡oh si, muchas veces, señor! he visto caer de rodillas y suplicar llorando que queriam ser de una religión tan dulce, á los mismos que más tarde han blasfemado y maldecido nuestra religión santa en medio de las llamas de la hoguera.

— Blasfema, ¡oh Dios mio! exclamó Pedro Arbues, ¿un sacerdote de Jesucristo tiene la osadía de acusar á la santa inquisición?

Á esta salida hipócrita, Juan de Avilla no respondió; pero la mirada que fijó en el inquisidor fué tan clara, tan fría, tan incisiva, que el soberbio Arbues no la pudo sufrir; el que hacía temblar á Sevilla, bajó los ojos ante un simple sacerdote de la iglesia cristiana, tembló delante de un acusado. La mirada de Juan de Avila era un elocuente y mudo requisitorio en el que el inquisidor habria podido leer todas sus iniquidades más auténticas y más ocultas, sus condenaciones inicuas, crímenes cometidos con audacia á la faz del mundo, y sus relajaciones secretas, crímenes más abominables todavía, que muchas veces eran la única causa de los primeros.

Del lecho del inquisidor á la hoguera, la transición era muy natural. Que querriais que un sacerdote inmundo hiciese víctimas de sus torpezas, testigos vivos siempre pronto á acusarle? Cuando se es inquisidor, se las quema; en tiempo de libertad civil y religiosa, se las asesina. Mengrat y Lacolonge, nacidos en el décimo sexto siglo, habrían hecho honor á la inquisición. Nadie es más audaz en sus crímenes que un mal sacerdote: turbado por un momento, Pedro Arbues recobró bien pronto su fría seguridad. El auditorio, helado de terror, porque comprendía el peligro del valor, y sin embargo, electrizado por las palabras del apóstol, conmovido de respeto, de entusiasmo de reconocimiento, no habia nadie en esta reunión que no hubiese tenido por que bendecir á Juan Avila; los espectadores esperaban con una ansiedad profunda el resultado de esta sesión. No se atrevían ni á hablar ni á comunicarse su pensamiento; pero más de uno, en esta multitud atenta, participaba de la misma impresión, un deseo simultáneo de salvar á su santo predicador animaba á todos los corazones.

Pedro Arbues comprendió que con un dialectico como Juan de Avila, el triunfo era imposible; sin llevar más lejos la discusión, hizo una seña al escribano que habia escrito todas las respuestas del apóstol. El escribano se las leyó; su Eminencia las leyó de nuevo, como para excitarse todavía á castigar semejante audacia, y á cada frase, sus cejas se contractaban más; una negra tempestad de odio se levantaba sobre esta frente ancha y sombría, pagina espantosa en que el observador podia leer tantas cosas siniestras.

Después que hubo acabado, tomó el legajo en que las delaciones estaban consignadas, y después de haber leído algunas líneas:

— Está bien, dijo; las declaraciones de los testigos están en un todo conformes con las respuestas del acusado.

« Los testigos que han firmado en el sumario están perfectamente de acuerdo entre si; todos igualmente han afirmado que el sacerdote Juan conocido por Juan de Avila, religioso predicador del orden de los carmelitas descalzos, ha no solo comunicado con frecuencia con heréticos luteranos, judíos ó moros, sino tambien que, en sus sermones, ha vertido proposiciones contrarias á la fé católica. Habiendo jurado los testigos sobre el Evangelio de decir verdad, debemos atenernos á sus deposiciones. Conforme á las leyes de la muy santa inquisición, nos vemos obligados á condenar al sacerdote Juan á las penas indicadas por nuestras santas leyes inquisitoriales, á menos, sin embargo, que el acusado pueda probar en este sesión, por la declaración de doce testigos de descargo, que ha sido falsamente acusado.

Al pronunciar estas palabras, el inquisidor dirigió su vista hácia el banco en que estaba Juan de Avila; el apóstol no habia hecho el más ligero movimiento, habia escuchado como si se tratase de otro; pero, entre los espectadores, un gran murmullo se habia promovido repentinamente, y el banco de los testigos, hasta allí vacío, habia sido invadido por los más notables hidalgos presentes á esta sesión, que todos se disputan la gloria de exponer su vida por su apostol amado.

Habia en la sala tantos testigos como personas que afirmasen la inocencia de Juan de Avila.

Mas él, viéndoles así exponerse por él á la muerte, ó al menos á penas muy severas, les miró con una mirada

tierna y paternal y les hizo una seña con la mano de que se retirasen.

Á la vista de este amor universal, su emoción era tan grande, que no tuvo fuerzas para hablar. Dos lágrimas deliciosas, dos lágrimas de una inefable y celestial beatitud, cayeron de esos ojos tan tranquilos que jamás se habian enternecido sino por los padecimientos de sus semejantes.

— ¡Es inocente! ¡es inocente! gritaron á la vez todas estas voces entusiastas.

— Él nos ha dado de comer cuando teniamos hambre.

— Él nos ha consolado cuando llorabamos.

— Él ha destruido nuestras diferencias y traído la paz á nuestras familias.

— Él ha bendecido á los juvenes que se amaban, y reconciliado los esposos desunidos.

— Él es la gloria y la felicidad de Andalucia.

Esto fue como un inmenso concierto de bendiciones, un grito general más fuerte que el temor que inspiraba la inquisición, cosa muy espontánea é irresistible. Estos hombres parecian obedecer á una voz superior que les impulsaba invenciblemente, al menosprecio de su propio peligro, á la defensa de tan noble causa.

Á la vista de esta manifestación general, el feroz Arbues se sintió dominado por un vertiginoso pensamiento de odio: creyó á fuerza de audacia y de firmeza poder imponer á este pueblo lanzado en defensa de una causa tan santa; ignoraba que el pueblo, ese terrible enemigo, es tan decidido por los objetos de su culto, como feroz y cruel por los que le han hecho mal, y que su cólera se parece á la de las olas, que destruye á los que tratan de resistirle. Decidido á luchar fuerza abierta, Pedro Arbues menospreció esta manifestación general y sagrada; y era el momento, cual nunca, de convencerse de la verdad de este adagio: *Voz del pueblo, voz de Dios.*

Mas Pedro Arbues no se inquietaba mucho de esto. Las personas que habian podido colocarse en el banco de los testigos estaban en él, de pié, pidiendo en alta voz que se las oyese sus declaraciones, el inquisidor no hizo aprecio; sin embargo, no atreviéndose á dar su fallo públicamente, después de haber reusado oír á los testigos, usó de subterfugio ordinario, y volviéndose á los esbirros colocados á su derecha:

— Se suspende la sesión; y dijo: conduzcase al acusado á la prisión.

El pueblo había comprendido esto (1).

Un grito general se dejó oír en la sala, y numerosas voces ardientes y obstinadas gritaban á la vez:

— ¡Los testigos! ¡los testigos! ¡que se oigan los testigos!

— Que se haga evacuar la sala, dijo Pedro Arbues levantándose para salir.

Juan de Avila se levantó como para seguir á los esbirros, y dirigiéndose al pueblo le dijo con dulzura:

— ¡Calmaos, amigos míos, calmaos! se me hará justicia, estad seguros.

Al hablar así, el apóstol había fijado sus ojos en lo último de la sala, como si hubiese esperado á alguno; nadie venia.

Juan de Avila levantó los ojos al cielo y murmuró con gran resignación:

— Cumplase la voluntad de Dios.

El pueblo continuaba gritando, y algunos, con audacia desconocida hasta ésta época y en tal lugar, algunos osaron abrir la barrera que les separaba del acusado. Allí echándose de rodillas delante del que llamaban su padre, besaban sus manos y su hábito, no con la humildad del fanatismo, sino con una veneración filial, con ese respeto profundo que la verdadera virtud obtiene sin pedirle y que se concede por miedo al criminal poderoso.

La escena amenazaba ser borrascosa; pero la inquisición era prudente y precabida. Por algunos instantes, una triple ala de esbirros armados y archeros de la Santa Hermandad se extendía como un largo boa al rededor del pueblo aglomerado en la sala, de suerte que estos valientes se hallaron de pronto envueltos y que ni uno había podido salir vivo de aquel recinto, si tal hubiese sido á

(1) Cuando, en varias ocasiones, la inquisición tenía la audacia de juzgar en público, sucedía á veces que un acusado tenía el valor de defenderse con energía y sin respeto; en este caso la inquisición siempre diestra, enviaba al acusado á las prisiones bajo pretexto de que el tribunal necesitaba ilustrarse á fin de hacer justicia. Este envío no era más que una venganza digna de Nerón; el acusado que se atrevía así á defenderse contra la inquisición, escapaba á veces de la hoguera, pero era sometido á todos los tormentos y acababa por morir en los calabozos, con los miembros quebrantados y el alma llena de desesperación... Algunos años después de su muerte su proceso se terminaba; el acusado era declarado culpable de herejía y como se le suponía muerto impenitente, se exhumaban sus huesos que se quemaban en el próximo auto de fe, su memoria era manciada hasta en su posteridad y sus bienes eran presa de la inquisición. Lorente trae más de un ejemplo de esta inicua manera de proceder casi todos los que eran quemados en effigie habían sido víctima de este procedimiento muy inquisitorial.

voluntad del inquisidor. Una grande lucha se hacía inevitable, por que este pueblo ardiente y valeroso no se habría dejado inmolar sin resistencia.

Juan de Avila que vió todo de un golpe de vista, se llenó de una santa indignación, y en este momento, le hubiera pesado del amor que inspiraba; el peligro de esta valiente y leal población le conmovió más que su propio riesgo. Pedro Arbues de pié detrás del sillón, recorrió con la vista complaciente del cazador toda la sala, cuando vé al leon cogido en las redes que le ha tendido. El pueblo solo no se había todavía hecho cargo de nada. Fué una felicidad para la inquisición que la preocupación en que estaba le hubiese distraído ha este punto de si mismo; mayor felicidad fue todavía para el inquisidor; el inquisidor disponia, es cierto, de una fuerza armada; pero ¡qué es la fuerza armada ante un pueblo colérico hasta el extremo, y exasperado por muchos años de opresión y de miseria?

Pedro Arbues solo, ciego como todos los déspotas, no comprendió el peligro en que estaba. Mas, en este momento, la puerta principal se abrió del todo, las guardias y el pueblo se separaron con todas las señales de un profundo respeto. El inquisidor empalideció; el que acababa de entrar en la sala del tribunal era el presidente del consejo de la suprema, seguido de sus consejeros.

Al llegar en frente del inquisidor el presidente se detuvo; se hallaba colocado al lado de Juan de Avila. Pedro Arbues bajó los ojos ante el jefe del consejo de la suprema, porque este le había mirado con aire de reconvencción y cólera que no presagiaba nada bueno. El presidente se volvió entonces al apóstol, que dos esbirros habían ya cargado de cadenas para llevarlo de nuevo á la prisión.

— ¡Dejad libre á ese hombre! dijo con voz severa.

Las cadenas que ligaban á Juan de Avila cayeron como por encanto.

— ¡Señor! se arriesgó á decir Pedro Arbues.

— ¡Con que derecho habeis puesto á ese hombre en juicio? prosiguió el presidente, ni aún os habeis dignado comunicar su auto de arresto al consejo; sabeis que puedo....

— Es cierto, balbuceó Pedro Arbues, que esta formalidad ha sido omitida; pero más tarde....

— Marchad, dijo el presidente con severidad; y otra vez, acordaos de que una omisión de esta naturaleza es un crimen; el rey y el consejo quieren que se persiga á los heréticos, pero que se haga con forma legales, á fin que podamos juzgar por nosotros mismo de la culpabilidad de los acusados.

«Estais libre, reverendísimo padre, añadió el presidente del consejo dirigiéndose al apóstol con suma amabilidad.

Pedro Arbues se retiró lleno de ira; su reinado habia acabado.

— ¡Viva! ¡viva!... exclamó el pueblo, Dios y su madre santísima recompensen al consejo de la suprema. Y este pueblo candido en extremo, dió gritos de admiración entusiasmada y derramó lágrimas de júbilo por este acto de infinita sagaz política (1), como para un acto de heroica decisión ó de real generosidad. Así se disfruta á este pobre pueblo confiado y leal, así se le disfrutaba entonces; pues hoy bien loco seria el que lo creyese ciego. El pueblo es previsor, muy previsor, y se hace cada día más; solamente se muestra á veces demasiado benigno; que no se fien de él sin embargo, nada es más temible que una paciencia á prueba que á durado mucho tiempo!...

No obstante, la libertad del apóstol de la Andalucía fué para Sevilla de un jubilo universal; se creyó que por fin Carlos V iba á cumplir sus promesas y el consejo de la suprema adquirir una inmensa popularidad. Sin embargo, ¡hay de mí! ese gran cuerpo del Estado, casi enteramente compuesto de arzobispos y prelados, mostraba de ordinario un celo tan grande como la inquisición misma por la estirpación de la herejia; mas el consejo, como todos los poderes posibles, era muy celoso de su autoridad. Imperar sobre sus derechos, ó intentar desconocerlos, era una ofensa que con dificultad perdonaba; es lo que habia hecho Pedro Arbues descuidando el comunicar el arresto de Juan de Avila. Esta falta de formula, que puso en juego el amor propio ofendido del consejo, fué segura-

(1) Esto fué en efecto un gran ardid político el poner en libertad á Juan de Avila. Obrando así, el consejo de la suprema comprometia la autoridad de un inquisidor; pero al mismo tiempo hacia creer al pueblo en la legalidad y justicia de la inquisición, y por este medio afirmaba el poder del tribunal odioso que tanto mal hizo á España y que hubiera destruido la religión misma si la religion de cierto pudiese perecer.

mente la salvación del ilustre predicador (*). Porque es preciso que los más grandes resultados sean debidos las más veces á las causas más miserables. ¡Esto acaso entra en los designios de Dios!

Quando Juan de Avila salió de la sala, el pueblo le tomó en sus brazos y toda esta población, loca de alegría, le condujo en triunfo hasta su abitación.



(*) San Juan de Avila nació en 1501, en Almodovar del Campo, pequeña villa de la diócesis de Toledo, de padres ricos y muy considerados en el país; san Juan estudió al principio el derecho civil y económico en la universidad de Salamanca, siguiendo la voluntad de sus padres que le destinaban á el foro; pero su voluntad por el sacerdocio era irresistible. Dios le llamaba á las altas funciones de predicador. Sus padres, no queriendo contrariar sus gustos, viendo desarrollar en él la virtud, y que le gustaría á ser un ministro de Dios según el Evangelio, le enviaron á Alcalá de Henares, en donde estudió con ardor la teología.

Tan luego como recibió las órdenes sagradas, Juan de Avila quiso partir por las Indias occidentales, á donde, decía, había una gran cosecha que hacer. Con tal objeto, fue á Sevilla, en donde, antes de emprender su viaje, consultó á don Alonso Manrique, entonces arzobispo de esta ciudad y luego inquisidor general. Este prelado aconsejó á Juan que renunciase su proyecto y se dedicase á la predicación. San Juan siguió este consejo, después de haber mucho tiempo luchado con su propia modestia; pero apenas había comenzado á predicar, sus discursos eran tan sublimes, sus doctrinas eran tan evangélicas, su lenguaje tan sublime, su vida tan santa, que Sevilla, y bien pronto toda España, le saludó con el nombre de apóstol de Andalucía.

Mas ni la santidad de su vida, ni la elocuencia de sus palabras, ni la pureza de sus doctrinas, pudieron defenderle de la envidia de los demás frailes, que le denunciaron á la inquisición. Este tribunal católico de herejía la tolerancia de Juan de Avila, y como no quiso juzgar á sus sermones, maldecir ni aún á dematizar los moriscos, y á los herejes, la inquisición le puso en acusación y le persiguió como cismático. En fin, á pesar de la protección de Alfonso Manrique, ya inquisidor general desde 10 de setiembre de 1523, Juan de Avila fue encerrado en los calabozos del santo oficio en 1528, permaneció en ellos cinco años, hasta 1531, época en que gracias á un defecto de forma en su proceso, fue puesto en libertad á pesar de la acusación de luteranismo y de iluminismo que pesaba sobre él. Al acusar á Juan de Avila, la inquisición había descuidado dar parte al consejo de la suprema. San Juan de Avila murió en Montella en 1569, á los sesenta y cinco años de edad. Ha dejado un grande número de cartas dirigidas á san Juan de Dios y fray Luis de Granada y otros muchos discípulos suyos; estas cartas son otras tantas epístolas evangélicas. Tambien ha escrito muchos sermones, de los cuales un solo volumen á sido impreso en Holanda en 1617. Este volumen que he leído en la biblioteca de los jesuitas en Sevilla en 1812, y que los franceses habian respetado, no existe ya. El populacho le quemó en la plaza Mayor en 1813 á instigación de los frailes dominicos, que siempre han calificado al santo apóstol de Andalucía de marrano hereje.

XLIV.

Boda y funerales.

En los subterráneos de la Garduña, inmensas cuevas abiertas durante las guerras de los moros contra los católicos para servir de comunicaciones secretas á las tropas, *Mandamiento* habia hecho ocultar á Estévan, Dolores y Juana. El arca en la que habian transportado el cuerpo de Manuel Argoso habia sido cambiado por un grande atahud de madera de cedro procurado por los garduños. La mayor parte del oro que Estévan habia podido salvar de su fortuna, que se veia obligado á dejar al fisco, habia pagado todos estos gastos.

Nadie era más decidido que un garduño por el que le pagaba. El atahud que encerraba los restos mortales de el que habia sido gobernador de Sevilla estaba colocado en una de esas cavernas, en escabeles de madera.

Según el uso de la época, el rostro del muerto permanecia descubierto; pero habian tenido cuidado de vestir el cuerpo con una camisa de tela de Holanda muy fina y muy blanca. Manuel Argoso tenia las manos cruzadas sobre el pecho y sus párpados enteramente cerrados. La muerte habia dado á este semblante, antes tan deshecho y pálido, una indecible serenidad.

La piedad de José no habia abandonado á sus amigos en esta penosa circunstancia. Juana, la anciana nodriza del joven religioso, Juana, tan fuerte y tan leal, oraba al lado de Dolores durante esta triste vigilia mortuoria; ella recibia en su seno las lágrimas de la joven desolada. Per su parte, Juan de Avila, el cortesano de todos los desgraciados, Juan de Avila no bien habia sido sacado de los calabozos de la inquisición, que, advertido por la *Chapa*, habia ido á la Garduña.

Su presencia inesperada habia sido para Estévan y su esposa un consuelo bien dulce. Era medianoche.

Juan de Avila y José, arrodillados cerca del atahud, recitaban con pausa las oraciones de los funerales. Dolores sollozaba á pocos pasos de ellos; mas ni Estévan ni Juana se atrevian á consolarla; se contentaban con llorar como ella. Era un momento bien solemne, el último adios de la muerte á la vida, el instante supremo en que el ser maternal del que Dolores habia tanto amado iba á volverse á la nada.

En uno de los extremos de la cueva habia sido colocada en forma de altar, una simple mesa de madera, cubierta con un mantel blanco y encima un gran crucifijo. Dos candelabros de plata maciza, propiedad de *Mandamiento*, sostenian cada uno tres velas de cera amarilla, y en una copa dorada y cincelada, un ramo de olivo empapado en agua bendita. Era el único lujo de esta fúnebre ceremonia; las aceladuras del metal, las facetas pálidas de los candelabros, brillaban con su extraño esplendor en este lugar oscuro, triste y sin muebles, y la figura de Cristo, blanca, dulce é inclinada, parecia llorar con los afligidos arrodillados ante ellas.

La voz grave y penetrante de Juan de Avila tenia una unción infinita á la cual se acordaba, con un cierto encanto de tristeza, el sonido más dulce y más cubierto de José. De cuando en cuando, sollozos, que á pesar de sus esfuerzos por contenerlos se escapaban del pecho de Dolores, venian á reunirse con su sencilla armonia al recitado de los dos religiosos. Esta ceremonia fúnebre, asi despojada de la pompa y del ruido que le presta el orgullo mundano, tenia algo de novedad y de profundo, debido á la imperiosa necesidad en que se hallaban de celebrar de noche, en un lugar desconocido y al abrigo de todas las miradas. Esta pobre joven, obligada á refugiarse entre malhechores á fin de poder rendir los últimos deberes á su padre; esos dos religiosos, de los cuales el uno acababa de escapar á la inquisición, y el otro pertenecia al santo oficio; esa anciana Juana, persona extrana, que parecia no haber sido creada más que para asistir á las penas de los otros, tan indiferente parecia á su propia suerte, todo este tenia alguna cosa de excéntrico, de misterioso, que imitaba á una leyenda ó á una novela.

¡Oh! es que el décimo quinto y décimo sexto siglos

han sido muy fecundos en dramas increíbles y terribles, así como hoy, sin la autoridad de los autores españoles que han vivido durante esas épocas desgraciadas y que ciertamente eran demasiado leales para mentir; sin la autoridad de los anales cuya autenticidad no puede negarse, no se podrían acaso creer esas historias casi inverosímiles, tales horrores encierran...

Era un incidente horrendo el que referimos y sin embargo esta tragedia cruel era muy cierta. De todos los personajes presentes en esta escena, Estévan era quizás el más triste. Al dolor que le causaba la muerte de su suegro, se unía la convicción amarga de su impotencia para luchar eficazmente por su patria. Él comprendía con una desesperación inconmensurable que la gloria de libertador no le estaba reservada, y en este sentimiento tan amargo, entraba ciertamente menos de decepción, de amor propio, de orgullo humano, que de piedad por su país, de compasión por las víctimas de la insaciable ambición de Roma, del clero y de los gobernantes. En sus ideas amplias y avanzadas, Estévan había algunas veces soñado con la libertad de la España, en este momento no la esperaba más que en un porvenir muy remoto. Esto era lo que echaba sobre su frente tan joven un velo negro de insupportable tristeza, que su mismo amor por Dolores era impotente á disipar.

La vida de la mujer podría bien traducirse por una sola palabra: « Amor. » Pero en el hombre es preciso otra cosa más; el hombre fuerte y animoso, no concentra su existencia entera en una individualidad; abraza un objeto más extenso y más complejo, y ante el nombre mismo de la esposa amada, hay otro nombre que hace vibrar todas las cuerdas de su alma, ¡el de la patria!... ¡La patria!... esa palabra, tan dulce, resonaba ahora como una campana fúnebre en los oídos del joven conde de Vargas; el lúgubre recitado de los dos religiosos, ese terrible *de profundis*, cuya expresión desgarradora llena el alma de angustias y hace correr por todas las venas un frío mortal; ese terrible *de profundis* era para él, el último gemido angustioso de su país oprimido, el adiós supremo que la España parecía dar, antes de morir, del hondo abismo en que la habían sumergido.

De cuando en cuando, Juan de Avila imterrompía las oraciones para verter sobre el cuerpo el agua santa que purifica; luego volvía á ponerse de rodillas al lado de

José y continuaba el oficio de difuntos. Todo el tiempo que duró esta triste cerimonia, Estévan, la cabeza apoyada en sus dos manos, no se movió una sola vez; pero cuando Juan de Avila hubo pronunciado el último versículo de la oración de los muertos, vuelto al sentimiento de lo que se pasaba á su inmediación, Estévan se levantó y se acercó á Dolores; comprendió que su amor por la patria no podía enteramente absorber el que tenía á su futura, y que, velar por ella, hacerla feliz, era tambien para él un deber sagrado.

En este momento, dos hombres de la Garduña entraron para llevar el cuerpo. Dolores conoció que el momento supremo habia llegado, y como á pesar de la dulzura de su carácter tenia una de esas voluntades enérgicas que en las grandes circunstancias de la vida saben dominar hasta el dolor, se adelantó con paso firme hácia el lecho fúnebre en que reposaba su padre. Estévan quiso detenerla.

— Dejádme, dijo ella, rechazándole dulcemente, pero con firmeza, dejádme darle el último adios. Ella se adelantó entonces hácia el atahud, se arrodilló en la tierra, luego se inclinó al muerto, imprimió sus labios sobre esta frente pálida, la besó tres veces y levantándose con valor fué á sentarse al extremo más distante de la caverna.

La fuerza que la habia un momento sostenido, la abandonó; ocultó su cara entre sus manos para no ver nada de lo que pasaba. Estévan y Juana no la perdian de vista. Los garduños con todas las precauciones posibles, tomaron el feretro y le transportaron á una cueva más grande todavía y más retirada. En ella les esperaban siete ú ocho hermanos de la órden entre hombres y mujeres. Cuando hubieron colocado la caja en el suelo, dos *coberteras* de las más viejas se apoderaron del cadáver. Estas dos horribles criaturas, apenas cubiertas con un malísimo zagalejo de lana negra, habian remangado hasta el codo la manga de su jubón, y dejaban ver sus manos y sus brazos descarnados y morenos, surcados de gruesas venas azules. Sus eabellos, rasos, crespos y desordenados, se recogian en desórden en la nuca bajo un cacherulo de cinta negra y ajada, de color gris á fuerza de grasa y de polvo. Sus pechos largos y descarnados, se dejaban ver sin pudor bajo un pañuelo en desórden, y con sus piés descalzos, aplastados y sordidos, hollaban el suelo terroso del subterráneo.

Cada una de estas dos viejas estaba armada de un cu-

chillo recientemente afilado. Una mesa coja, largo de cerca de seis pies, habia sido colocada en la cueva. Las *coverteras* tendieron el cuerpo del gobernador en ella y se pusieron á su obra. Y, semejantes á las aves carníceras habituadas á la vista de los cadáveres, estas dos mujeres abrieron el cuerpo de arriba á bajo como hubiese podido hacerlo un anatomista; luego sacaron las entrañas y el corazón con una destreza increíbles.

Dos *guapos* tomaron las entrañas, la depositaron en la caja, mezclaron algunos aromas; las cubrieron luego con un pedazo de raso; después, todos los garduños que estaban presentes se arrodillaron al rededor de ella, y pronunciaron algunas oraciones; por último bajaron la caja á un hoyo que estaba preparado, y los garduños le cubrieron de tierra. Durante este tiempo, una de las *coverteras* habia colocado el corazón en una caja de plata, después de haberla cuidadosamente embalsamado con preciosos aromas conocidos de los gitanos, raza venida de Egipto: su compañera habia lavado perfectamente el cuerpo con aguas perfumadas. Después de haberle secado con lienzos muy finos, estas dos mujeres le tendieron sobre una gran tela de un gris plateado, tejido con hilo de amianto, cosa rara y preciosa. ¿Pero que habia de raro para los garduños?

Cuando hubieron dispuesto el cadáver y encerrado el corazón, las *coverteras* se arrodillaron, y se pusieron á rezar; al mismo tiempo asperjaron el cuerpo con agua de olor con una rama de cedro, y murmuraron por lo bajo oraciones ininteligibles, fórmulas ridículas tomadas por todos los ritos, y acomodadas á su uso por una superstición ignorante, un tanto mezclada con un indiferente escepticismo.

Era horrible ver estas dos viejas feisimas, las manos y los brazos todavía ensangrentados, arrodilladas delante de los restos humanos, orando con los labios á un Dios ó á un demonio desconocido, del que ni aún ellas tenían conocimiento; ó más bien recitando por hábito palabras incoherentes y ridículas; ¡cadáveres todavía en pie que amortajaban un cadáver acostado!...

Los garduños esperaban con calma á que ellas hubiesen acabado. Al cabo de algunos minutos, se levantaron; una de ellas entregó la caja que encerraba el corazón, á un joven *guapo*, diciendo:

— Guarda bien eso.

Luego las dos sibilas, armadas de tijeras y agujas, envolvieron cuidadosamente el cuerpo de la tela de amianto, le cosieron por todas partes con hilo arrancado al mismo tejido, después habiéndose asegurado de que estaba hermeticamente cosido, se volvieron á los garduños diciendo:

— Está hecho.

Entonces llegó su vez á los *guapos*. En medio de la cueva, habia habierto un gran foso en forma de cruz, cubierta su abertura con una enorme reja de hierro. La parte de este foso, que reprentaba el pie de la cruz, habia sido llena de carbón; la que formaba los brazos debia servir de conductor al aire, de suerte que pasando alternativamente de un lado al otro, y despojándose de su oxígeno, mantenía constantemente la combustión.

Con efecto, el carbón que llenaba el foso estaba ya candescente, y á causa de la gran cantidad que habian puesto, levantaban llamas más bien que arder. Conductos de aire habian sido cuidadosamente formados en el subterráneo para que el gas no pudiese asfixiar á nadie. Los dos garduños que habian tomado el cuerpo, le colocaron sobre una reja ya roja, y que no se distinguía ya casi en medio de las ascuas. Á penas pusieron el cuerpo en el fuego, cuando una llama azulada se elevó al rededor como si quisiese devorarle. Á medida que el fuego consumía el cadáver, la tela de amianto se volvía de una blancura deslumbradora y brillante como plata derretida.

Bien pronto, un color fuerte y desagradable se mezcló al de gas ácido carbónico. Los garduños podian solo permanecer en un lugar semejante. No parecian en ninguna manera incomodados; y con una impasibilidad muy española, esperaron á que el cuerpo hubiese sido consumido hasta que no quedó más que un poco de ceniza. Entonces quitaron la tela de amianto que se habia vuelto flexible como muselina, y se parecia á un gran saco casi vacío; después que estuvo fría, la abrieron, recojieron cuidadosamente la ceniza y la encerraron en un saquillo de taflete, de una cuarta en cuadro, guarnecidos con muchas correas.

Terminada esta operación, el garduño á quien habia sido cometida por *Mandamiento* la presidencia de esta ceremonia, dijo, tomando el saquillo en sus manos:

— Eso me toca á mi: la caja de plata será confiada á *Garabato*, añadió dirigiéndose al joven postulante, favorito de *Mandamiento*, que hemos ya visto figurar al principio de esta obra.

La *cobertera* que había embalsamado el corazón, lo entregó con su caja al que estaba encargado de él. Después, otros dos guardaños echaron una gran cantidad de tierra sobre el fuego que había quedado en el foso, y la ceremonia se acabó. Mientras que se hacían estos extraños funerales, una escena muy diferente se pasaba en la primer cueva.

Después que los guardaños habían llevado el feretro, Juan de Avila se acercó á la hija del gobernador; que, como hemos dicho, se había ido á sentar al extremo del subterráneo, y ocultaba su cara con las manos para llorar con libertad. Cuando el apóstol estaba cerca de ella, la llamó con dulzura por su nombre. Al eco de esta voz amiga, Dolores levantó sus ojos bañados en lágrimas.

— Hija mía, continuó Juan de Avila, vuestro dolor es santo y yo partecipo de él; sin embargo, en nombre del mismo á quien llorais, os ruego que os mostreis fuerte y valerosa; todos vuestros deberes no están todavía cumplidos.

— ¿Qué me queda pues por hacer? preguntó ella con esa admiración estúpida en que nos echan los grandes pesares.

El apóstol la cogió dulcemente de la mano, y ayudándola á levantarse, la condujo junto á Estévan que, por respeto, no se había atrevido á acercarse, y estaba en pie á corta distancia, con los brazos cruzados. Al ver que el apóstol se adelantaba con su futura, se aproximó á ellos; Juan de Avila colocó entonces la mano de Dolores en la del joven, diciendole con dulzura:

— Es la voluntad de vuestro padre.

— Es la mía también, respondió Dolores con noble franqueza.

Esta casta joven tenía demasiada verdadera virtud para recurrir á ese pudor de convención que pone en los labios de las mujeres tantas palabras desmentidas por sus actos. Estévan tomó con transporte la mano de la que amaba. José les miraba en silencio, y con una especie de delirio; una fiebre interior y moral brillaba en sus miradas más ardientes todavía que de costumbre.

— Hermano, dijo Juan de Avila dirigiéndose al joven dominico, vos sois el que vais á bendecir á nuestros dos amigos.

José levantó bruscamente la cabeza como si estas palabras le hubiesen interrumpido un sueño.

— ¿Yo? dijo con amargura: ¿yo, bendecir la unión de

estos dos jóvenes? No, padre mio, no, eso no puede ser... Es un derecho que os pertenece, añadió con tono tranquilo y sumiso, bajando los ojos á la mirada profunda de Juan de Avila.

— Sea así, pues lo quereis, dijo, venid, hijos míos, yo soy el que vá á unirlos.

Condujo á los dos nuevos esposos. José y Juana se acercaron el uno al otro, y cambiaron algunas palabras en voz baja, durante las cuales Juana enjugó una lágrima que se desprendió de sus ojos secos por su mejilla pálida y marchita. Cuando estuvieron juntos á la mesa á donde estaba el crucifijo Estevan y Dolores se arrodillaron. Cada uno de ellos tenía en el dedo un anillo esponsalicio; los cambiaron recíprocamente de nuevo, y Juan de Avila les bendijo. Luego las preguntas de uso, cuestiones simples, fórmula del matrimonio evangélico, el franciscano pronunció las palabras sacramentales.

Durante este tiempo, arrodillados, el uno al lado del otro en un pio y triste recojimiento, los dos esposos oraban, y, á pesar de su tristeza, un resplandor de felicidad doraba todavía estos dos porvenires que iban á confundirse en uno solo.

Dolores estaba pálida y conmovida; tantas cosas terribles habían precedido a este momento, que dudaba si era todavía una de esas decepciones crueles que hacía algunos meses presidían á su vida. Sin embargo, cuando ella apoyó su mano en la mano de Estevan, y que sintió á esta mano imprimirla dulcemente por la que iba á ser la guía y el apoyo de su debilidad, un suspiro profundo elevó su pecho; dirigió á Estevan una mirada celestial, sublime, súplica de amor más eloquente, que la palabra misma.

Cuando se levantaron, Estevan y Dolores estaban unidos para siempre. José entonces se adelantó hacia los jóvenes esposos y les dijo con un acento inexplicable y una voz llena de emoción:

— Ahora, amigos míos, marchad, sed felices y no os separeis nunca....

En este momento, un guardaño entró en el subterráneo. Enviado por el maestro, venía á saber si *Mandamiento* podría presentarse á sus señorías.

— El maestro puede venir, dijo Juan de Avila.

Con su acostumbrada serenidad, *Mandamiento* se presentó.

— Todo está pronto para la partida de sus señorías, dijo; dos mulas de las más fuertes les esperan. Mis guardaños les seguirán á pié para servirles de espollistas. He aquí además la palabra de orden, á fin de que todos los lugares en que sus señorías puedan encontrar hermanos de la guardaña, en lugar de causarles daño, les prestarán auxilio y protección.

Al mismo tiempo, Mandamiento entregó á Estevan un pedazo de pergamino en el cual estaba trazada una palabra casi ininteligible.

Era el firman que debía proteger la fuga de los proscritos por los caminos de España infestados de guardaños (1).

— Estos, añadió al maestro, son los dos hermanos que deben acompañaros; son de los más valientes y leales.

Y designaba al *guapo* y al *postulante* encargados de los restos mortales del gobernador, que entraban en este momento en el subterráneo.

— ¿Á donde nos reuniremos, padre mio? preguntó Esteván á Juan de Avila.

— En Cadiz, respondió el apóstol; yo llegaré allí tan pronto como vosotros, pero ire por otro camino; no es bueno que llevemos uno mismo.

— ¿Y vos, don José? preguntó Dolores con pena, porque profesaba á este joven religioso una amistad paternal.

— ¡Yo! á donde Dios quiera, respondió José con una expresión dolorosa de desaliento absoluto y abandono de sí mismo.

En el momento de separarse de estos seres, en favor de los cuales habia despreciado la existencia, José perdía el valor como todas las almas tiernas ante una nueva tristeza de corazón. Sin embargo, habituado hácia tiempo en dominar sus sensaciones, se dirigió á Juana y le dijo con voz dulce pero imperiosa:

— ¿Querida nodriza, tu vas á marchar tambien, no es cierto?

— ¡Yo! dijo Juana con una sublime expresión de valor, ¡yo, marchar quedandoos vos!

— Yo me reuniré á vosotros dentro de pocos días, añadió con viveza José, con una volubilidad que disimulaba mal su emoción: vete, querida Juana, es preciso dejar la España nosotros tambien; nadie está seguro en ella.

— Yo no la dejaré sin vos, mi José, dijo resueltamente la nodriza.

— Sí, mas tu partirás la primera con nuestros amigos, te se notará menos; y dentro de pocos días, cuando yo haya realizado los fondos que me quedan, ire á reunirme con vosotros.... Vamos, Juana, tu marcharás esta tarde.

— No marcharé, dijo ella con presteza.

— Yo lo mando, Juana, añadió José con severidad; pero estaba tan pálido, y sus ojos, de ordinario tan brillantes, estaban tan abatidos, que se conocia bien que era interiormente presa de un violento combate.

Á estas palabras: «Yo lo mando,» Juana bajó tristemente la cabeza y respondió con una voz desfalleciente:

— Marcharé.

— ¡Oh! ¡lo celebro! exclamó Dolores; José nos seguirá tambien...

Las fuerzas del joven religioso se agotaban; sus manos temblaban con una convulsión nerviosa, que toda la energía de su voluntad apenas podia disimular: vacilaban sus piernas y sus párpados se cerraban por una contracción involuntaria.

Sin embargo el valor moral triunfó de la naturaleza física. Por un esfuerzo sobrehumano, aiargó la manó á los nuevos esposos, recobró bastante animo para estrecharlas convulsivamente; después abrazó á Juana, la estrechó con una ternura llena de pasión desesperada, y dejó correr dos lágrimas hasta entonces detenidas.

(1) Los guardaños, y después de su destrucción, los bandidos famosos de España, tenían, y tienen aún en casi todas las poblaciones y la mayor parte de las ventas, ó posadas aisladas en los caminos, corredores ó aseguradores autorizados por ellos para levantar una cierta contribución de los viajeros, y dar en cambio á estos una palabra de orden que les pone al abrigo de todo atentado en un radio de ciertas leguas. En 1823 todo viajero que queria no ser inquietado de Madrid á Cadiz, no tenia más que viajar en una de las galeras de Pedro Ruiz; solo los asientos de estas galeras eran pagados tres veces más de lo que habria costado la diligencia, después del cinco por ciento de todos los valores que se llevaban. Por medio de este arreglo se podia viajar tranquilo, los ladrones jamás atacaban las galeras de Pedro Ruiz. En Extremadura, en Merida, el posadero de la posada de las Tres Cruces, os daba una palabra de orden por dos doblones. Llegando al Confesional, lugar en que apenas nadie se atrevia á pasar y en donde puede ser uno muerto sin ver el asesino, los bandidos se presentan, os acuestan boca abajo y os piden la bolsa ó la vida, resueltos á quitaros lo uno y lo otro; pero no temais nada si llevais la palabra de orden; no tenéis más que pronunciarla para ver á todos ellos separar sus trabucos, quitar el sombrero y decir: con la mayor política: Vaya su merced con Dios, caballero. En 1822, he pagado yo media onza al tío Atejo, que me dió en cambio dos palabras latinas: *Vade retro*; estas palabras han cambiado á cuatro malhechores, que se presentaron en el Confesional, en cuatro servidores más inofensivos que corderos.

— Hasta luego, Juana, le dijo; nos reuniremos, está tranquila.

— Lo creo, hijo mio, respondió la anciana nodriza; seguramente nos reuniremos.

Todo estaba pronto.

— Señores, dijo *Mandamiento*, apresuraos; apénas tendreis tiempo para andar dos leguas antes que sea día para llegar á la primera residencia de una cofradía, en donde podreis pasarle; porque ya lo sabeis, no debeis caminar sino de noche.

Á la órden del favorito del inquisidor una tercera mula se habia preparado para Juana. La pequeña caravana partió. José y Juan de Avila quedaron solos.

— Padre mio, dijo José, antes de separarnos bendicidme.

— Hijo mio, dijo Juan de Avila cada vez más sorprendido de las maneras del joven dominico, la condesa de Vargas no era esta noche la más triste de nosotros.

— ¡Oh no! respondió José con un acento enérgico; ahora que Dolores no necesita de vos, padre mio, rogad á Dios por José.

— ¡Sé bendito y consolado, tu que sufres! dijo el apóstol con dulce compasión.

Pero, como si José temiese dejarse arrastrar á una excesiva confianza, se alejó bruscamente, y se dirigió hácia la casa de Juana.

XLV.

La justicia de Dios.

Era el tercero día después de la milagrosa libertad de Juan de Avila, milagrosa, tan raro era un triunfo semejante. En la pequeña casa de Juana, en medio de la saia baja en que de ordinario la nodriza de José tenia costumbre de pasar sus largos y solitarios días, el joven religioso estaba solo. Sentado en un ancho divan bordado por mano de Juana, José, pálido y desfigurado, estaba apoyado en sus almohadones. Su mano blanca y diáfana sostenia su cabeza acalorada, dos aureolas azuladas circundaban sus ojos fatigados: una sombría exaltación, una idea profunda y única daba á sus grandes pupilas negras una fijeza espantosa, mientras que un extremo abatimiento físico se notaba en todos sus miembros. Después de la partida de Dolores y Estevan, José, estaba solo en esta habitación desierta; hácia dos días que no habia comido!

No obstante, esto no era el resultado de un ascetismo excesivo ó de un estúpido fanatismo; durante los dos días y las dos noches que acababan de pasar, los labios del joven religioso no habian pronunciado una sola palabra. Hácia largo tiempo que José no rezaba ya. Se habia formado en su cabeza un inmenso caos de pensamientos; dominados por uno solo que se presentaba constantemente bajo todas las formas, pero sin trabazón ni órden; un monstruo de mil cabezas, una hidra devoradora que lanzaba á la vez sus mil lenguas inflamadas para alucinar y llenar de fatiga.

Durante estos dos mortales días, el dominico vió pasar

ante él cosas increíbles y terribles, escenas fantasmagóricas, imposibles; angeles y demonios, risa y lágrimas; una blanca paloma llamada verdad, batiendo con horror sus alas ensangrentadas, y remontando hácia el cielo después de haber dirigido á la tierra una inmensa mirada de tristeza. Luego José se entretuvo con un ser invisible y encantador que le llamaba con dulzura por su nombre, y que á veces levantaba con mano dulce y cariñosa sus brazos fatigados diciéndole:

- Vamos.

José hizo un esfuerzo para levantarse, y seguir este ser amado que le llamaba; pero entonces una mano de hierro se posaba sobre su brazo debil y le obligaba á sentarse, gritándole con voz ruda y fatal:

- ¡Todavía no!

Entonces, el joven religioso ocultaba su cabeza enteramente en los cojines de terciopelo, para evitar esta visión cruel; luego se levantaba furioso y desesperado. Una alegría funesta iluminaba sus miradas feroces, sus dientes blancos y brillantes sonaban convulsivamente, y con su mano delgada y nerviosa oprimía con rabia un puñal con mango de ébano, cuya hoja afilada tenia la brillantez y dureza del diamante.

- ¡Esperar! ¡esperar! murmuró por intervalos; siete años hay que espero!...

En fin, por la última vez, fué á reconocer el clepsidro que le habia servido para contar las largas horas de este mortal día. Las nueve de la mañana acababan de dar. En este momento, la vista de José se detuvo en una tela comenzada á bordar por Juana, obra maravillosa habia endulzado los momentos de ocio de esta pobre anciana. La tela del todo abierta sobre una mesa, y la aguja eneburada de lana, parecian esperar á la que, con sus manos delicadas, habia hecho abrir todas esas flores brillantes, esas rosas de Alhambra con caliz tan rojo y tan puro, y esas palmeras de Africa, cuyo follaje parecia ondular y estremecerse al capricho de la brisa.

Á esta vista, el pecho del joven religioso, ardiente y árido como la desesperación, se llenó de una tristeza amarga, pero menos desecante; una conmoción profunda humedeció sus ardientes ojos de lágrimas, y dió un beso lleno de ternura á esta tela insensible.

- ¡Pobre Juana! exclamó, come he destruido tu vida tambien.... ¡Oh! ¡verte, verte una hora todavía, apoyar

mi cabeza en tu seno que me ha alimentado! ¡no estar solo, solo en el mundo! añadió con una voz desgarradora paseando sus ojos espantados por esta habitación desierta.

« Sin embargo, hice bien en sustraerla al peligro; ahora está libre; mi triste existencia no pasará ya sobre la suya; la he dado amigos que serán como hijos para ella. ¡Pobre Juana!... ¡Oh! como va á llorar cuando sepa que no debe volverme á ver....

José miró á la ampollita, no contenia más que una muy pequeña cantidad de arena.

- ¡Oh! el tiempo, exclamó, el tiempo arrastra todo tras sí... el dolor y la alegría, la hermosura y la juventud, las grandezas y la gloria.... una sola cosa resiste á sus esfuerzos y no se gasta jamás, el odio.... el odio que se lleva al sepulcro, y que no se extingue aún después de haber acabado la vida....

« ¡Vamos! prosiguió con un gran suspiro, como si hubiese hecho un sublime esfuerzo para romper las últimas cadenas que le retenian todavía en esta vida, ¡todo se acabó en este mundo! Otro me llama, la última hora suena.... marchemos.

Al decir esto, el joven religioso arregló su tunica desordenada, cubrió sus hombros con la capa; luego acercándose á un baul que contenia algunas botellas llenas de licores, cogió una y bebió. Era un precioso elixir compuesto por Juana. Apenas José habia bebido, su frente tan palida tomó color sonrosado, sus ojos abatidos y amortiguados recobraron la vida, que podia engañar á la vista más perspicaz, su mano dejó de temblar; marchaba con paso firme y sentado, estaba dispuesto á la lucha. El último grano de arena corrió con rapidez por el cristal diafano y pulimentado por la arena; al mismo tiempo la campana de la catedral sonó por tres veces: anunciaba la conclusión de la misa:

- ¡Esta es la hora! exclamó José.

Se dirigió hácia la puerta y salió sin detenerse. Era el momento convenido para su encuentro con Pedro Arbues....

José andaba muy de prisa; y su mano derecha, oculta bajo el hábito, empuñaba con fuerza el puño del puñal.

La mañana era admirable; un sol brillaba en un cielo de azul vivo y el calor comenzaba á ser muy fuerte, y por las calles inundadas con sus rayos, el pueblo, vestido

con su traje de fiesta, abundaba en este momento. Salían de la misa mayor, y cada cual se dirigía á su casa ó á la taberna para comer. Esas caras morenas andaluzas, abrasadas del sol, raza todavía árabe por la sangre y por el color, esas vivas gitanas de caderas flexibles, esos majos elegantes y coquetas, todo ese pueblo naturalmente tan alegre, tan expansivo, tan hablador, llevaba impresa en su frente la fristeza de la servidumbre, el sombrío enojo del temor.

Esos grandes ojos llenos de fuego permanecían lo más del tiempo cubiertos por sus anchos párpados móviles, y todos esos labios móviles por el instinto y la poesía, parecían contraerse y permanecer mudos. Esos poetas populares, cuya rima natural conserva todavía un tan rico matiz oriental, dejaban morir en su seno la inspiración y la alegría; el pueblo no se atrevía á cantar, no podía dar un paso en la calle sin ser rodeado por frailes, y cada fraile era un espía. José pasó por medio de la multitud sin verla, redoblando el paso para llegar pronto, y dirigiendo fijamente su vista ante sí como si fuese perseguido por una sombra. Alguna mujeres al verle pasar así con paso rápido, se detuvieron con sorpresa.

— ¿A dónde va tan apresurado el favorito del señor inquisidor? dijo por bajo una de ellas; va pálido como un muerto, y se diría que no le faltaba más que cerrar los ojos.

— Callate, dijo una anciana, eso nos importa. En cosas de la inquisición chiton.

Las jóvenes bajaron la cabeza y se arrimaron la una á la otra como corderillos temerosos. Cuando José llegó delante de la catedral, no había ya casi persona alguna en el atrio, pero se oía todavía á lo lejos, por las calles adyacentes, el ruido monótono que producían al alejarse los pasos de una porción de gentes. El joven dominico entró entonces en la iglesia. Un fuerte olor de incienso llenaba todavía las naves de ella. Una luz dulce filtraba por los cristales de colores de la vidrieras por bajo de los sombríos pilares, y en medio de este dudoso resplandor una gran lámpara de plata suspendida en la bóveda daba una luz viva y trémula, que por momentos se lanzaba hacia la cúpula en un rayo brillante y matizado por el reflejo de los cristales. Aca y aculla, sobre la losa fría, algunas mujeres sentadas sobre sus piés rezaban dándose golpes en el pecho. Más alto, en el presbiterio, al pié del

altar mayor, reinaba una soledad absoluta; solo, bajo el único rayo de luz que, cayendo de arriba iluminaba este lugar oscuro y misterioso, se podía distinguir la forma indecisa de un religioso dominico arrodillado en los escalones. Las velas del altar ardían todavía, y el olor de la cera mezclaba su dulce perfume al del incienso, cuyo humo se elevaba en copos blanquecinos. Un grande Cristo de plata extendía sus dos brazos en la cruz con una resignación divina. En un inmenso cuadro, sobre la mesa del altar, se veía la Virgen con el niño Jesús, echando flores y rosarios á dos religiosos del orden de Santo Domingo. De lejos, se hubiese dicho que el religioso arrodillado al pié del altar hacía parte de este cuadro, y que esperaba los dones de la celestial patrona de su orden.

Su cabeza rasurada se inclinaba en sus dos manos cruzadas, disimulando así su alta estatura, y la más profunda humildad estaba pintada en toda su actitud. De cuando en cuando, se golpeaba el pecho con un ardiente é inimitable fervor, como si la oración hubiese sido la más apreciable ocupación de este hombre y que hubiese hecho sus delicias de la penitencia.

Á juzgar por las apariencias, debía ser un gran santo ó un gran pecador; pero que fuese lo uno y lo otro, Dios sabía muy bien la parte que debía admitir de estas oraciones tan fervientes. Este religioso era Pedro Arbues. El grande inquisidor de Sevilla tenía la costumbre, después de la misa, de hacer así solo en el altar sus largas oraciones de gracias.

José se detuvo un momento bajo uno de los pilares de la iglesia para considerar por algunos instantes al que había ido á buscar. Á pesar suyo, el joven religioso se sintió estremecer; tembló involuntariamente en medio de este silencio, interrumpido solamente por algunas acciones muy bajas cuyo imperceptible murmullo parecía al ruido de un insecto sobre una flor.

Estaba tan tranquila y tan solemne, esta vasta iglesia gótica en que todas las voces venían á callarse; ¡la de las campanas y las de los sacerdotes!... ¡No quedaba más que un vago perfume de oración y de recojimiento, un sonido lejano; un imperceptible eco de quejas, votos y suspiros que esta bóveda sonora había acaso retenido!...

— ¡El es! exclamó por fin el joven religioso con un tono satánico cinisoso.... ¡hypócrita y falso aún con Dios! « Eso es!... está bien aún reza al soñar en nuevos cri-

menes... Sí, reza, fraile insensato!... has bien tu última oración.... Acaso se arrepiente, prosiguió, dejemosle todavía la hora santa del arrepentimiento.

Y José se detuvo algunos instantes ¡como si hubiese oído á Pedro Arbues decir la última oración de la agonía!... El inquisidor se santiguó muchas veces, y un ligero movimiento que hizo como para levantarse, indicó que su oración iba á ser terminada....

— ¡Oh! ¡yo soy loco! exclamó José, loco, en creer que Pedro Arbues puede arrepentirse....

Y recobrando toda su presencia de espíritu en este momento supremo, se adelantó hácia el altar como si hubiese querido hacer oración. Al ruido que hizo al abrir la reja del presbiterio, el inquisidor volvió la cabeza. Á la vista de José, un rayo de satisfacción brilló en sus ojos; pero el rostro del favorito tenia una expresión totalmente fatal e siniestra, que Pedro Arbues se estremeció á pesar suyo: y á pesar de la santidad del lugar, no pudo dejar de decir á José:

— ¿Que tienes?

José no respondió; pero una sonrisa terrible entreabrió sus labios pálidos, y miró á Pedro Arbues como si hubiese querido devorarle. El inquisidor retrocedió un paso, creyendo que su favorito perdía la razón, pero antes que hubiese tenido tiempo de preveer el golpe, José se echó sobre él como un tigre, y sepultó todo el puñal en la garganta por el lugar en que la coraza no podía defenderle.

El inquisidor tendió sus brazos adelante y cayó de espaldas; pero fue detenido contra la escalera del altar y quedó medio acostado. Su sangre corría á borbotones por su herida.

— ¡Tu!... ¡tu José! murmuró luchando con las angustias de la muerte.

Pero José se inclinó sobre su rostro que empalidecía y tomaba con rapidez el color violeta de la muerte, y fijando su vista en los ojos casi estinguídos de Pedro Arbues, le dijo con voz sorda:

— ¡Acuerdate de Paula!...

A este nombre, Pedro Arbues abrió un instante sus ojos ya casi cerrados, y miró vagamente el rostro pálido del joven religioso.

Un recuerdo terrible parecia acometerle, y murmuró con voz apagada:

— ¡Dios es justo! Y espiró... El puñal de José le habia cortado la yugular (!).

Al ver este crimen extraño, este sacrilegio atentado en

(1) Pedro Arbues es un personaje histórico, y el caracter que le da el autor de ninguna manera es exagerado; solo el autor, autorizado por la licencia que permite el genero de su obra, ha hecho un anacronismo haciendo vivir á Pedro Arbues bajo Carlos V, y haciéndole contemporáneo de Alfonso Manrique, de San Juan de Avila, de Saavedra y de otros muchos personajes de esta historia. Pedro Arbues no ha reinado en Sevilla y no ha sido asesinado tampoco por su favorito: el personaje de José es de pura invención; es la personificación del pueblo español sosteniendo la inquisición por muchos siglos, pero odiándola siempre, y esperando con paciencia el momento de herirla mortalmente. Este momento ha llegado en 1820. Pedro Arbues, al mismo tiempo que es un personaje histórico, es la personificación de la inquisición, y sobre todo del mayor número de los inquisidores. Sus excesos, sus crueldades, sus debilidades, sus iniquidades y la hipocresía de la mayor parte de los inquisidores y de muchos sacerdotes.

Pedro Arbues, canónigo de la catedral de Zaragoza é inquisidor general del reino de Aragon, ha vivido en 1485 bajo Fernando de Aragon, de Isabel la católica y bajo el primer grande inquisidor general de España, Tomás de Torquemada. En 1485 los aragoneses, cuyos privilegios eran á cada instante hollados por la inquisición de Aragon, bajo la dirección de Pedro Arbues, los aragoneses temieron verse entre ellos, las escenas que pasaban diariamente en Castilla y en las demas provincias de España en que el santo oficio, establecido hácia solo tres años, y dirigido por frailes y sacerdotes fanáticos y relajados, habia ya inmolado millares de victimas. En este estado de cosas, y viendo que las instancias, hechas al papa y al rey, no habian tenido ningun resultado, un gran número de los principales señores de Zaragoza se ligaron contra la inquisición y resolvieron sacrificar al inquisidor Arbues, que se habia ya hecho aborrecer por crueldad y su conducta, á fin de obligar así á los otros miembros de la inquisición de Aragon á renunciar á su misión. Pero Pedro Arbues fué advertido del desigüo de los conjurados sin que se le dijese sus nombres. No pudiendo perseguir sus enemigos, Pedro Arbues quiso á los menos garantizarse de los conjurados; á este efecto, se armó de una cotta de malla y de una especie de casco de hierro que llevaba bajo el gorro. Gracias á estas precauciones, los conjurados no pudieron conseguir su intento en varias ocasiones; sin embargo un dia, uno de ellos se aproximó á Pedro Arbues, en el momento que hácia oración junto al altar de la catedral de Zaragoza, y le hirió de una estocada en el cuello; la herida de Pedro Arbues fué tan profunda que murió dos dias después, á pesar de todos los socorros del arte; es decir el 17 de setiembre de 1485. En consecuencia del asesinato del grande inquisidor, los cristianos viejos, excitados por los frailes, se sublevaron y causaron en Zaragoza conmociones violentas, «el resultado de ellas habria sido terrible, dice Liorente, si la multitud fanática no hubiese sido contenida con la promesa de castigar con el ultimo suplicio á los culpables de este atentado.

En tanto, se honró la memoria de Pedro Arbues con una especie de solemnidad que contribuyó mucho á hacerle pasar por santo; Arbues fué objeto de un culto particular en la iglesia, y poco faltó para que este dominico no fuese reconocido por patrono de la inquisición y protector de los inquisidores. Sin embargo se contentaron con hacerle hacer milágres, y prepararle su beatificación, que tuvo lugar en 1664 bajo el pontificado de Alejandro VII.

No hace mucho que se veía en la catedral de Zaragoza un epitafio en lengua latina en el sepulcro de Pedro Arbues, que los reyes católicos don Fernando de Aragon é Isabel la católica le han hecho borrar.

una iglesia, las mujeres que estaban presentes habían dado gritos espantosos, y en un instante la iglesia se había llenado de gente. Algunas de estas mujeres, habían salido de la iglesia gritando por toda la ciudad:

— ¡Al asesino! ¡al asesino! ¡acaban de asesinar al señor inquisidor!

A esta voz, toda la milicia de Cristo, todos los esbirros, toda la Santa Hermandad se habían puesto sobre las armas; en pocos minutos, se había llenado la iglesia; y cuando el alguacil mayor entró en ella para comprobar el hecho que acababa de pasar, se encontró el cadáver del grande inquisidor tendido al pie del altar, y á José que, las manos cruzadas sobre el pecho, la contemplaba en silencio con feroces ojos. El mirar del joven religioso tenía algo de locura, y sus dientes rechinaban con crujido extraordinario. El respeto que inspiraba la inquisición impedía que se pudiese sospechar en el joven dominico. Sin embargo, el alguacil mayor, dirigiéndose á él, le dijo con todas las consideraciones del más profundo respeto:

— ¡Mi reverendo padre, sabéis quien sea el autor de este crimen?

— Yo, respondió José con tranquilidad.

A una confesión tan conforme, no se podía responder si no con un arresto. El alguacil mayor que había interrogado al favorito, le hizo inmediatamente prender. José se dejó atar sin resistencia; parecía en este momento, terrible para cualquier otro, lleno de un júbilo indefinible. Á la primera noticia del asesinato, una porción de gente se había agrupado á la iglesia. Cuando José salió, todas las miradas se dirigían á él con ansiosa curiosidad. Era tan joven, tan hermoso y tan triste, que su vista inspiraba una piedad mezclada de ternura y de simpatía; además, el odio por el inquisidor era tanto, que toda la piedad pública se dirigía hácia el asesino y no á la víctima.

— ¿Que le habria hecho el inquisidor? se preguntaban en voz baja.

— Era su favorito, decían otros.

— Mirad como los lobos se devoran unos á otros, dijo un anciano de cabellos blancos, que se reconoció ser Rodrigo Valero.

— Callad, don Rodrigo, dijo su amigo Jimeno de Herrera que le acompañaba siempre; vuestra imprudencia acabará por perderos.

— ¡Que me importa! replicó con severidad el anciano, ¿mis canas han de hacerme cobarde para conservarlas? « Mas, añadió examinando las facciones de José que reconocía á medida que se acercaba, me parece que ese fraile que acaba de matar al señor Arbues, es el mismo que hémos visto una noche en el baile de la Garduña.

— El mismo es, respondió don Jimeno; le conozco perfectamente; ese joven religioso seguramente era un ser extraordinario.

— Desgraciado, interrumpió Valero; no se parecía en nada á los otros frailes de España: se podía decir de él lo que los mismos paganos decían de Cristo. « No se le ha visto nunca reir, pero si muchas veces llorar. »

— Era caritativo y amable, dijeron unas mujeres que le miraban con gran compasión: ¡que lástima, van á hacerle morir!

— Es como Judit, repuso Valero, más bien mártir que asesino.

Mientras que Valero se expresaba así, un hombre vestido de negro iba á su lado, con la vista baja; limpiándose los ojos de cuando en cuando, como si hubiese pasado una gran pena por lo que acababa de suceder.

Sobre el pecho de este hombre, bajo su chalecho ligeramente entreabierto, se podía distinguir el extremo de una placa de plata. Este hombre no había perdido una sola palabra de las de Valero. En cuanto á José, parecía completamente insensible á todo lo que reparaba á su inmediación. Su exaltación y la animación febril de su rostro había cedido á una paladra lívida. Aunque satisfecha, su alma se había reconcentrado en si misma; estaba dominado por ese letargio profundo que sucede á la exaltación de las facultades. Se adelantaba con lentitud hácia la cárcel de la corona; era en la que por su calidad de sacerdote, debía ser encerrado José. La multitud se agolpaba sobre los alguaciles y familiares para gozar del extraordinario espectáculo de un dominico que acababa de matar á un inquisidor.

Detrás de la tropa armada que escoltaba el preso, venia un numeroso cortejo de familiares y frailes, llevando en unas parihuelas el cuerpo de Pedro Arbues, cuidadosamente cubierto con un gran paño negro y franjas de plata. Todos estos hipócritas de la inquisición afectaban un vivo dolor, y lloraban con falsas lágrimas la muerte de ese ser inicu que habían detestado durante su vida.

Algunos llegaban hasta limpiar piadosamente con su pañuelo de bolsillo, la sangre que corría todavía y caía en gruesas gotas de la herida aún abierta del inquisidor.

Los frailes dominicos ensalzaban su santidad, y le invocaban casi como un bien aventurado á vista de la multitud admirada, que permanecía fría y muda á estas manifestaciones y elogios tan poco en armonía con los actos de que acababa de morir. Era un proceder impio y sacrilego que esta comitiva mortuoria pusiese así con imprudencia sobre cabeza maldita, la corona de los santos mártires; tratando de sofocar esa voz imperiosa y sagrada de la conciencia pública, que desgraciadamente llena de alabanzas ó impone el anatema en un sepulcro abierto, y siempre con una equidad contra la cual no hay que reponerse.

Desgraciadamente, en casos semejantes, no es la opinión pública la que domina, y la iglesia romana entonces es la que con sus supercherias, sus astutos panegiricos, sus pruebas impalpables, sus misterios sin fin y sus arterias hipócritas, se mezcla para sofocar la voz de los pueblos ó para seducir y sorprender la opinión de los sabios. A fuerza de fantasmagoría habilmente calculada, alucina á veces las más rectas conciencias; los únicos que no son sus juguetes, son aquellos que á la rectitud del corazón unen una fuerza de raciocinio y de voluntad.

En el momento que Pedro Arbues había sido víctima del puñal de José, el pueblo había comenzado por recojarse interiormente de la caída de un déspota que se alimentaba con la sangre y las lágrimas de Andalucía; en el momento en que llegaba á la prisión una porción de personas seducidas, arrastradas, fascinadas por el manejo hipócrita de los frailes, comenzaba á interrogarse si no eran muy culpables en alegrarse de esta muerte, y si realmente, á los ojos de Dios, el gran inquisidor de Sevilla no era un santo sacerdote víctima de su celo por la religión católica. Se había comenzado por compadecer y amar á José á pesar de su crimen, luego los más indulgentes le miraban como un loco.

¡Iglesia de Roma! ¡el que rehusa mirarse á tí no es á tus ojos más que un hijo de las tinieblas! pero tu eres la que introduces las tinieblas, tu quien no te complaces más que en la noche y en la oscuridad de la ignorancia: ¡tu, la que á cada uno de tus adeptos quieres poner una venda bajo la pena de reprobación!... Y tu te llamas la esposa de Cristo que murió por la luz y la verdad!...

Tal es la iglesia romana, tal era en el décimo sexto siglo; entonces solo era á veces la más fuerte, y sus enemigos sucumbían. Algunos pesimistas pretenden que retrogrademos á toda prisa á esos tiempos de ignorancia y de esclavitud; apresuremos á protestar contra semejantes previsiones; ellas deshonran el país que puede admitirlas. Las luces han avanzado; las luces no retrogradan jamás, siempre marchan en aumento; y en cada siglo, deben señalar su paso con nuevos progresos. Dejemos obrar y gritar á los enemigos de las luces; á medida que ellos estiendan sus redes sobre el mundo, la verdad romperá las mallas una á una, y la marcha de los sabios no será detenida por la segunda.

No es aquel tiempo en que un monstruo se hacía un santo...

La misma noche en que José había sido sepultado en la cárcel de la corona, don Rodrigo de Valero, denunciado por un familiar, fué encerrado en los calabozos del santo oficio con don Jimeno de Herrera. La inquisición, que por tanto tiempo había tolerado las locas salidas de Valero, había acabado por conocer que tenía demasiado talento para loco.

vez después de muchos años, José inundó de perfumes su rostro de cutis transparente y delicado; sus manos, ya tan bellas, tomaron en un agua perfumada de esencias, una blancura y una suavidad dignas de la mujer más delicada.

La tez fina de José, venada de azul en las sienes, tomó una palidez deslumbradora por el contraste de su vestido negro mezclado de blanco mate; sus ojos, rodeados de un ancho círculo pardo, se reanimaron con una brillantez repentina, y sus labios se contrajeron ligeramente, como si hubiese sido interiormente agitado por un pensamiento alegre. Cuando los alguaciles vinieron á buscarle para conducirlo al tribunal, quedaron sorprendidos de ver su fisonomía alegre, y la superstición de aquel tiempo era tan grande, que algunos se persuadieron de que era un hechicero. Mas á su vista, José penetró en el misterio de su alma; cubrió su frente, que brillaba con una expresión de altivez y severidad; y cuando los alguaciles, siempre dominados por el respeto inalterable que inspiraba un hábito de fraile, le insinuaron que les siguiese, José no respondió nada, pero se puso á marchar en medio de ellos, tan tranquilo como si fuese conducido á una fiesta.

Los curiosos miraban con admiración á este individuo de la inquisición, que, por un tan grande crimen, se había colocado fuera de la ley que decía que los miembros de la inquisición y aún los familiares, no fuesen juzgados sino por inquisidores; este religioso que iba á ser juzgado por la justicia ordinaria como un simple particular.

Más él, sin afectar el desden soberbio de los criminales endurecidos, ni el arte hipócrita de los que quieren disponer en su favor la opinión pública; él, pasaba indiferente y tranquilo, los ojos fijos y casi levantados al cielo: su alma parecía haber ya hecho cesación con su cuerpo, tan poco conmovido y tan poco ocupado parecía de las cosas de este mundo.

Si bien al verle tan indiferente, el pueblo le tomó á su vez por un mago; y mezclando supersticiones moriscas á supersticiones cristianas, creyó ver en él uno de esos santones moros, tan atormentados por la inquisición bajo el reinado precedente, que se había vestido el hábito de fraile para asesinar al inquisidor. Pero José no tenía la menor sospecha de lo que se pensaba de él. La vida y todo lo de que se compone no era ahora para él más que una ropa usada que se lleva con disgusto, y de la que

XLVII.

El juicio de los hombres.

Aunque no fuese costumbre en España de juzgar á un hombre inmediatamente después de su arresto, á causa del tiempo moral que es á veces necesario á la justicia, para formar el proceso á un acusado y reunir las pruebas en pro ó contra de él, el crimen de José salía de tal manera de los crímenes que se cometían en España, los testigos tenían tan poco que decir en un asunto en que el culpable se había denunciado el mismo, y, además, la indignación del clero era tan grande, y el santo oficio reclamaba una tan pronta, tan pública venganza, que el tribunal del Bureo, tribunal secular encargado de juzgar al asesino de Pedro Arbues, halló conveniente hacer comparecer á José al cabo de ocho días. El momento había llegado....

El joven religioso le había contemplado con una satisfacción llena de amargas delicias. Conocía muy bien que después del juicio era la muerte la que le esperaba; pero ese término fatal para todos, parecía ser para él al contrario un fin querido y deseado, un beneficio largo tiempo esperado. Desde la mañana del día en que debía ser juzgado, el joven dominico se había levantado muy temprano, y había puesto un cuidado extremo, una minuciosa escrupulosidad en ataviarse con los sencillos hábitos del orden á que pertenecía.

Su cabeza noble y de un aire notable, estaba casi del todo rasurada; pero un ligero cerquillo de cabellos que, partiendo de la frente se extendían por una de las orejas hasta la nuca, era de una delicadeza admirable y de un nero brillante como el acero empavonado. Por la primera

se despoja con alegría. El marchaba con indiferencia, dándosele tan poco por sus jueces, que si no se tratase de él, preocupado siempre de una sola idea, porque al caminar, parecía recordar su memoria, y á medida que una nueva idea atravesaba su cerebro, su ancha frente se despejaba, y el genio del odio satisfecho, ó más bien el de la justicia cumplida, marcaba su rostro pálido con un sello misterioso y terrible.

Cuando hubo llegado frente á sus jueces, José pareció salir de un sueño profundo, y por la primera vez después que estaba preso, consideró lo que pasaba á su lado. El tribunal estaba compuesto de tres jueces; uno de ellos, el presidente, estaba sentado en medio de sus asesores. Un escribano, sentado delante de una mesa, á la derecha del juez, debía escribir las respuestas del acusado y las deposiciones de los testigos. Un poco más lejos estaban los abogados, y al lado del defensor del reo, el procurador que debía tomar notas en su favor.

José estaba sentado en medio, frente del presidente; pero á su lado no se veía ningun testigo. La sala estaba del todo desierta. Se habia creído que una causa de tal naturaleza debía verse á puertas cerradas, por respeto á la dignidad eclesiastica de que el acusado estaba revestido, ó más bien por miedo de alguna revelación pública de José; en cuanto á testigos se habia creído inútil hacerlos comparecer, en atención á que el reo habia confesado todo. Estaba pues solo en presencia de los jueces. El presidente fijó en él una mirada severa y le dijo con tono más severo todavía:

— ¡Levantaos!

El dominico se levantó.

— ¿Como os llamais? preguntó el presidente.

— Me llaman José, respondió simplemente el joven religioso. Mi profesión, la sabeis, religioso del orden de santo Domingo.

— ¡José no es un nombre de familia! añadió el juez; ¿vuestro nombre de familia, don José?

— No tengo ya familia, respondió el dominico; y en cuanto á su nombre no le diré.

— ¿Donde habeis nacido? continuó el presidente.

— En Granada respondió José.

Y á esta palabra Granada, los ojos feroces del joven religioso se humedecieron, como si su alma hubiese sido de pronto invadida por un recuerdo amargo.

El juez no hizo acto de ello.

— Acercaos, dijo á José.

El religioso se adelantó hasta la mesa, en donde, en frente del presidente, estaba abierto un libro de Evangelios. El juez mandó al acusado poner la mano en él. José obedeció. El presidente le miró fijamente á los ojos.

— ¿Jurais por Dios y los santos Evangelios, le preguntó en fin con tono solemne, decir verdad en lo que se os preguntaré?

— Lo juro, respondió José.

— ¿Jurais decirla aún contra vos?

— Lo juro, dijo el joven dominico con voz firme y tranquila.

— Está bien, contestó el juez, y prosiguió:

— ¿Sois vos el que ha asesinado al señor Pedro Arbues, grande inquisidor de Sevilla?

— Yo soy, respondió José.

— ¿Que motivo ha podido llevaros á cometer tan grande crimen?

— Yo os diré eso muy luego, dijo el joven religioso con tono amargo y sarcástico.

— El abogado puede hacer su defensa, prosiguió el presidente.

José se sonrió con una sonrisa escéptica y volvió á sentarse en el banquillo. Conocía la inutilidad de este vano simulacro de defensa, de esas palabras que iban á ser evaporadas enteramente, solo por obedecer á la ley. Dejó pues al abogado perderse en vanos argumentos, desplegar todos los resortes de su elocuencia para enternecer el corazón de sus jueces, no pudiendo destruir su convicción; hacinar palabras sobre palabras y frases sobre frases; prodigar sus acciones y sus pulmones para destruir una cosa irrevocable, la certeza. Cuando hubo acabado, José se volvió hácia el con una media sonrisa llena de amargura y de desprendimiento de todas las cosas, como para decirles:

— Quereis resuscitar un cadaver.

Con efecto, los esfuerzos de la elocuencia más refinada no habrian podido salvar á un hombre que no queria salvarse.

— ¡Criminal! dijo entonces el presidente, ¿teneis algo que decir en vuestra defensa?

— ¿Para mi defensa?... no, respondió el dominico; por que yo declaro aquí, delante de Dios, que la muerte no

es más apreciable que la vida; pero, como antes que la vida es el honor, quiero salvar el mío, y para eso solo deseo hablar.

— Hablad pues, repuso el juez, el tribunal os escucha.

— Hay siete años, Pedro Arbues acababa de ser elevado á la dignidad de grande inquisidor de Sevilla. Era joven, hermoso, insinuante; á pesar del horror que la inquisición ha siempre inspirado en España, se esperaba que Pedro Arbues sería menos cruel que sus predecesores; esta esperanza fue de corta duración. Las persecuciones continuaron más ardientes que nunca; como en los últimos años del reinado de Torquemada, hombres que llevaban los más brillantes nombres de España no se avergonzaron de ejercer el oficio de espiones y delatores para poner en seguridad sus bienes y su vida. Los ciudadanos más puros se vieron diariamente á merced de un falso testigo. Los odios, las enemistades de familia se desenvolvieron en dramas sangrientos ante los tribunales de la inquisición, á favor de las tinieblas del fanatismo; el robo, la violación y el asesinato se dejaron caer sobre nosotros como aves de rapina; un luto inmenso se extendió sobre la Andalucía.

— Acusado, dijo el presidente, traspasais los límites.

— Yo me defiendo, replicó con fiereza el joven religioso, escuchad. Por este tiempo, vivía en Sevilla una familia católica de la mejor nobleza de España, cuya madre, vástago de la tribu de los Abencerrages, y muerta hácia muchos años, habia dejado inmensos bienes. Esta familia se componia de dos hermanos...

« De tres hermanos, continuó José, reprimiendo un suspiro, tres hermanos nobles y hermosos, de los cuales dos habian abrazado el estado eclesiástico; el tercero... era valeroso como el Cid, y más hermoso todavía. Se llamaba Fernando, añadió José, que parecia pronunciar á este nombre con un placer inefable; además existia todavía el padre, un patriarca, un anciano lleno de fé y de virtud; una hermosa joven, dulce y candida, cuya vida era tan pura como la de los angeles, y finalmente una huérfana, parienta suya lejana, una joven ardiente y activa que amaba á Fernando.

« En un castillo que poseia á corta distancia de Andalucía, esta familia habia hecho construir una capilla católica servida de frailes jeronimos. La madre, que ado-

raba á su marido y á sus hijos, habia hecho levantar esta capilla para que le sirviese de sepultura comun; no queria aún, después de su muerte, estar separada de los que ella habia amado. Joven todavía, se fué la primera á esperarles á esta fúnebre morada. Ya he dicho que habia dejado al morir bienes considerables; la inquisición juzgó conveniente apropiárselos. La acusación de haber muerto en la herejía, y con sentimientos contrarios á la verdadera fé católica, aunque al morir hubiese dado muestras nada equivocadas de su decisión por esta religión que siempre habia sido la suya. Mas era preciso acusarla de alguna cosa. Se presentaron testigos falsos que declararon que habia muerto y vivido en la herejía; y á pesar de las protestas de sus hijos, de sus dos hijos sacerdotes revestidos de un caracter sagrado, se exhumó el cadáver de esa mujer, se arrasó la casa, con prohibición de jamás volverla á levantar, y se confiscaron todos los bienes que ella habia dejado (1).

— ¡Críiminal! interrumpió el presidente, ¿ estais bien seguro de lo que decís?

— Era el derecho de la inquisición, replicó José con un tono sarcástico; y continuó sin desconcertarse:

« El padre murió de dolor durante ese proceso abominable. Los hijos que lloraban á su madre, que se atrevieron á indignarse de la profanación de sus cenizas, los hijos fueron puestos en prisión. Una sola persona fué respetada. La huérfana, la prometida de Fernando. Esta permaneció sola con la mujer que la habia lactado, sola para llorar á los suyos que no debia volver á ver.

(1) He ahí lo que se lee en el capítulo primero, quinta parte, *Historia de la Inquisición de LLORENTA*:
« Doña Leonor de Vivero y Cazalla, esposa de Pedro Cazalla, jefe de hacienda del rey, era propietario de una capilla sepulcral en la iglesia de San Benito el Real de Valladolid; habia sido enterrada como católica sin que se hubiese jamás levantado la menor sospecha contra su ortodoxia; sin embargo fue luego acusada por el fiscal de la inquisición como que habia practicado el luteranismo, y declarada muerta en la herejía; aunque habia recibido todos los sacramentos antes de morir, el fiscal apoyó su acusación en la deposición puesto al tormento entonces presos en la inquisición y que habian sido resultado que la casa de doña Leonor Vivero habia servido de templo á los luteranos de Valladolid. Doña Leonor fue declarada muerta en la herejía, su memoria condenada á la infamia hasta en su posteridad, y todos sus bienes fueron confiscados; la inquisición dispuso además que su cadáver fuese exhumado y entregado al fuego, que su casa sería arrasada con prohibición de volverla á construir, y que en el cual se pondría una inscripción que perpetuase el suceso. Todas estas disposiciones fueron ejecutadas.

— ¿Qué fué de ellos? preguntó el juez, lleno de un terror y piedad creciente.

— ¡Qué ha sido de ellos, señor; ¡preguntais entre las manos de Pedro Arbues! Fueron entregados á las llamas sin compasión. Los dos mayores, Agustín y Francisco, acusados de dogmatizar de una manera contraria al espíritu de la religión católica, y su joven hermana Beatriz, convencida de seguir la doctrina de sus hermanos, fueron muertos en el mismo auto de fé (1).

« Agustín aterrado con los tormentos, no por él, sino por su joven hermana, Agustín, llegado al frente del suplicio, dijo que pedia gracia, que quería vivir como buen católico.

« — Miente, dijo Pedro Arbues; el miedo de la muerte es quien le inspira al arrepentimiento.

« — ¡Yo me arrepiento! ¡yo me arrepiento! exclamaba la pobre víctima.

« — Que se le agarrote pues antes de entregarle á las llamas, dijo el inquisidor.

« Esta fué la única gracia que pudo obtener.

« — ¡Eres un cobarde! le dijo su hermano... y subió á la hoguera despidiéndose con una seña de su hermana, que murió con la resignación de un mártir.

José calló. Los jueces, á pesar de su hábito en estos dramas terribles, se sintieron dominados de un terror involuntario.

— Continúa, dijo el presidente, continúa. ¿Qué sucedió al tercer hermano?

José se estremeció en su asiento, sus dientes sonaban como si tuviese frío. Se le escuchaba con una atención y un interés siempre más vivos.

— El tercero, repitió de pronto con una voz lenta y trémula, el tercero vivía todavía. ¡Era tan joven! no se habían atrevido á hacerle morir con los otros. Pedro Arbues guardaba este para un auto de fé real. Paula, la huérfana que le amaba, concibió el proyecto de salvarle. Ella tenía veinte años. ¿Qué mujer, á los veinte años, desespera de la clemencia de un hombre, aún cuando este hombre se llame Pedro Arbues y sea grande inquisidor?

« Había seis meses que su desgraciada familia había sido entregada á las llamas: se hablaba de un nuevo auto de

fé (1) que debía celebrarse por los días del rey, y que el tribunal anunció al público un mes antes.

— Acusado, contraeos al hecho, interrumpió de nuevo el presidente.

— Estoy en él, respondió tranquilamente José; escuchadme, señores:

« Los procesos se instruían; extraordinarios procesos verdaderamente, conspiraciones tenebrosas de las cuales el juez tenía en su mano todos los hilos que hacía mover á su antojo; siniestros problemas, que todos tenían una misma solución... la muerte. Paula, devorada de inquietud por el que ella amaba, tomó un día una grande resolución, bien fatal, vais á verlo, señores. Se armó de una exaltación sublime, pesó todas las consecuencias del paso que iba á dar, y aunque esperando enternecer al inquisidor y salvar su prometido, se dijo que, ante todo, el peor resultado que podría obtener de este paso era morir con él. ¡Oh, la muerte no la espantaba!...

« Era un día oscuro cual se ven pocos en Andalucía; pero, por una simpatía, ó una de esas casualidades que se parecen á la fatalidad, el sol estaba cubierto de nubes, y una extensa mancha negra había ocultado la mitad de su disco; había habido una eclipse casi total. Era casi el medio día, y parecía casi de noche en las calles. Paula, silenciosa y resuelta, escapó á la vigilancia de su nodriza, el único amigo que le quedaba en el mundo. Cubierta con su velo, se encaminó hácia el palacio del inquisidor. Una multitud de feroces familiares guardaban la entrada. Cuando Paula se adelantó hácia la puerta, se le impidió el paso; un familiar, acercándose á ella, la preguntó lo que quería.

« — Quiero ver al señor Arbues, preguntó ella temblando, porque no se entra sin temblar en el palacio de un inquisidor.

« — ¿Quien sois? prosiguió el familiar.

« — Una joven de la nobleza, respondió Paula con altivez.

« — Esperad, dijo él.

« Desapareció por algunos momentos. Paula esperó. Bien pronto el familiar volvió: una sonrisa falsa se mostraba sobre sus facciones.

(1) Es el auto de fé general que tuvo lugar en Valladolid en abril de 1559, en presenciadel príncipe don Carlos y de la princesa Juana.

(1) En octubre de 1559.

« — Seguidme, señora, dijo; el señor inquisidor con- sienta en recibirlos.

« El familiar marchó delante, la joven le siguió. Atravesó muchas salas magnificas, largas galerías embaldosadas de mármol, el cielo raso sembrado de arabescos; habia un lujo oriental en este palacio de la muerte. Por último, en el extremo más lejano del edificio, una puerta se abrió, Paula se introdujo por ella. La puerta se cerró al mo- mento; el familiar habia desaparecido. Paula se halló cara á cara con el grande inquisidor.

Un interés siempre creciente se unia á la relación de José.

— Pedro Arbues, continuó el joven religioso, estaba sentado en un ancho y mullido divan que daba vuelta á la sala.

« El grande inquisidor de Sevilla estaba entonces en toda la fuerza de su juventud, y su rostro era sumamente bello, á pesar de la expresión de crueldad extrema que se nota- ba en él. Su perfil aguileño tenia mucha nobleza, y su alta estatura era recta y soberbia. Paula se estremeció al verse á solas con este hombre.

« — Acercate, joven, dijo el inquisidor, sorprendido de la bella presencia de Paula, de la cual solo imperfecta- mente veia las facciones.

« Paula levantó el velo, y se adelantó sin terror hácia el grande inquisidor. Pedro Arbues la contempló entonces con admiración. Al llegar delante de él, se echó á sus piés, y levantando sus manos suplicantes:

« — ¡Gracia, señor! exclamó ella; gracia para mi pro- metido que es inocente; ¡oh! volvedmelo, os lo suplico.

El rostro del inquisidor tomó una expresión de descon- tento muy marcada.

« — ¡El nombre de tu prometido! preguntó con bre- vedad.

« — Fernando de Cazalla, respondió Paula con voz im- perceptible.

« El mirar feroz de Pedro Arbues la espantaba. Al nombre de Cazalla, la fisonomía de Arbues se habia repentina- mente vuelto sombría; consideraba con atención á esta joven que con tanta audacia, se atrevia á llegar hasta los piés del inquisidor á pedir la vida de un hombre acu- sado de herejía.

« Paula era hermosa: ¡oh muy hermosa, señores! El inquisidor la contempló por algunos instantes. Después

que hubo lentamente reconocido con su vista el rostro sacantador de esta joven, su cuerpo airoso y fuerte que habria podido servir de modelo á la cazadora Diana, Pedro Arbues se dulcificó por grados, tendió la mano á Paula siempre arrodillada delante de él.

« — Levantate, dijo, hablame sin terror; las leyes de la inquisición son terribles, pero me siento conmovido de compasión por tí.

« — ¡Oh! bendito seais, señor! exclamó Paula, que aca- baba de concebir un rayo de esperanza; salvareis á Fer- nando, y no es cierto?

« — ¡He dicho acaso eso, joven? dijo Pedro Arbues con una sonrisa de tigre.... Se divertia con su presa.

« — O señor, no retracteis las palabras que me habeis dicho: habeis tenido piedad de mí; vos salvareis mi pro- metido, ¿no es eso?

« — Y si salvo tu amante, que harás por mí, joven.

« — O señor, mi vida toda entera os pertenece; ¿pero que puedo yo para con vos que sois tan poderoso?

« — ¡Es hermosa, Paula! exclamó Pedro Arbues con una mirada que la hizo temblar.

« Ella no se atrevió sin embargo á demostrar terror. El inquisidor le hizo seña de que se acercase y se sentase á su lado. La joven se sentó temblando en la orilla del divan de seda. Pedro Arbues habia recobrado su aire severo.

« — ¡Don Fernando de Cazalla! murmuró con aire som- brio.... ¿Sabes tu, joven, que ese familia entera, conven- cida de luteranismo, está para siempre deshonrada en sus miembros vivos y en los que no existen ya?

« — Esa familia es la mia, señor, yo soy la prometida de Fernando por la voluntad de su padre y por la suya. Si fuese condenado, no pido más que una gracia, la de no sobrevivirle.

« — ¡He hai un ardiente amor! exclamó el inquisidor, ¡que no daría yo por inspirar uno semejante!

« Paula bajó los ojos ante el sacerdote que le hablaba asi.
— Vos calumniáis la memoria de un hombre revestido de un caracter sagrado, dijo el presidente.

— Yo no calumnio, señor, yo digo la verdad, heahí todo, respondió José; dignese usted escucharme hasta el final.

— Estais en vuestro derecho, dijo el juez, lleno de respeto por los usos del país á la autoridad de la ley, los cuales exigian que se dejase á un acusado toda la libertad de defenderse.

José prosiguió:

— ¿Sabes tu, continuó Pedro Arbues, que don Fernando está destinado para el proximo auto de fé, y que va á ponerse al tormento?

« Un grito profundo, doloroso, terrible, salió del pecho de la desgraciada Paula, ¡el tormento! era más terrible que el cadalso.

« — ¿Que tienes, joven? preguntó el inquisidor.

« — ¡El tormento, señor! ¿no habeis dicho que iban á dar tormento á Fernando?

« — Yo puedo evitarlo, replicó Pedro Arbues.

« Paula respiró con más libertad.

« — ¡Señor! exclamó ella, ¡que no pueda yo morir por vos!

« — Morir no, vivir, respondió Pedro Arbues tomando en sus manos las débiles manos de Paula.

« — ¿Sabes tu, prosiguió, que según la declaración de los testigos, don Fernando, convencido de haber asistido á las prácticas de los luteranos, y de haber abrazado su doctrina, está condenado á las hogueras?

« — ¿Pero voís podeis absolverle, señor? dijo Paula que cayó de nuevo en las agonías de la incertidumbre; ¿y podeis absolverle y le salvareis? Fernando está inocente, y su alma es tan pura como la de un angel.

« — Tu sola puedes salvarle, dijo Pedro Arbues.

« — ¡Yo! señor, mas que he de hacer? ¡Oh! ¡Dios mio! decid, estoy pronta á todo: ¿quereis que yo muera por él?

« — ¡Locura! ¿para que necesito tu vida? Eres demasiado hermosa para morir, prosiguió él con exaltación; y su mano brutal arrancó sin pudor el velo que cubria el pecho de Paula.

Los jueces se estremecieron en su asiento.

« — ¡Oh! ¡gracia, señor! exclamó la joven haciendo una defensa de sus dos brazos cruzados sobre el pecho, ¡gracia, para Fernando, y gracia para mi tambien, señor! En nombre de Dios, del cual sois el representante en la tierra, sed clemente y perdonad; tened piedad de una pobre joven que no tiene ya á nadie en este mundo sino al que la ama. No tengo ya madre, señor, soy huérfana, no tengo más apoyo que Fernando, volvedmelo, os lo suplico.... ¡Oh! volvedmelo señor, y os bendeciré y os bendeciremos juntos toda la vida.

« Paula vertia abundantes lágrimas; su fisonomía, noble y altiva era, así desolada y llorosa, de una belleza sobrehumana. Lejos de que Pedro Arbues se enterneciese,

sintió al contrario sus pasiones brutales sublevarse, gruñendo sordamente en su seno como un mar agitado.

« Se lanzó hácia Paula como un leon, y cogiendola entre sus brazos robustos, la colocó en el divan medio desmayada.

« La desgraciada joven se dejó caer de rodillas ante este hombre cruel.

« — Señor, dijo ella con voz imperceptible, oprimiendo contra su pecho las rodillas del inquisidor que regaba con sus lágrimas, señor, hacedme gracia de volverme á mi prometido.

« — Sé mia, dijo con voz sombría, y salvaré á don Fernando.

« Paula se puso pálida y fria como un mármol, y sus ojos se cubrieron de una sombra mortal. Se levantó lentamente, dió algunos pasos para salir, luego alargó al inquisidor su mano fria y pálida:

« — Sé maldito! exclamó; puedes matar á don Fernando, yó moriré con él.

« — Fernando morirá antes del auto de fé, dijo Pedro Arbues, es joven y debil, no resistirá al tormento del agua.

« Paula dió un nuevo grito agudo y terrible. Habria querido desgarrar con las uñas este hombre atroz; pero el pensar en Fernando extinguió su rabia, y no dejaba en su alma lugar sino al terror; esta lucha horrible la habia anomadado.

« Entonces, Pedro Arbues se acercó á ella, y cogiéndola en sus brazos, la volvió á su asiento. Ella se dejó llevar sin resistencia.

« — Nada puede salvar á Fernando más que mi voluntad, le dijo Pedro Arbues, ¡y por Cristo! no le salvaré más que con una condición.

« Paula le miró con ojos feroces. El rostro de Pedro Arbues era horrendo como la fatalidad.

« — ¿Quieres su vida ó su muerte? prosiguió con acaloramamiento; habla, ó vete, y que la inquisición haga lo demás.

« Paula no ohia ya; su razón la habia abandonada.... Tendió sus brazos como aquel que da su último aliento.

« Sus ojos se cerraron, su corazón cesó de latir....

« — ¡Que Fernando se salve! murmuró con voz moribunda.

José calló, su voz se habia gradualmente debilitado, y un sudor frio cubrió su frente de mármol. Los jueces, á pesar de su impassibilidad natural, estaban llenos de

asombro y de terror; no pensaban ya en interrumpir la relación del acusado y esperaban con ansia el final de este horrible drama. José se reanimó poco á poco, y continuó su narración con voz alterada.

— Un mes después, una joven, pálida, flaca, encorbada bajo el peso de un dolor incurable, se mantenía tristemente sentada á la puerta de la prisión del santo oficio; era Paula. Se celebraba aquel día un auto de fé real. El programa sangriento, publicado un mes antes, habia anunciado trece víctimas. Pedro Arbues habia prometido á la joven que no habria más de doce, y que la decima tercia, se haria pasar por muerta, le sería devuelta la tarde misma del auto de fé. Paula esperaba.

« Una muchedumbre inmensa se dirigía hácia la plaza; un sordo murmullo de palabras se oia en las calles: las miradas del pueblo expresaban el estupor y el espanto. Esas pálidas figuras parecían, bajo sus vestidos negros, asistir al funeral de la España.

« Algunos, detenidos á la inmediación de la cárcel, dirigen á las negras profundidades de este espantoso dédalo una mirada tímida, mirando si entre esas víctimas que iban á perecer, reconocian una persona amada. Varias mujeres, el rostro oculto bajo sus velos, lloraban comprimiendo sus sollozos, de miedo de ser oidas; ellas eran más felices que los hombres: al menos, podian llorar, mas ellos, tenian que llevarlas descubiertas reconcentrando en su alma ese dolor que empalidece el semblante; y su frente tan triste, volcan que encerraba tantos pensamientos tormentosos de indignación y rebelión, debia mostrarse tranquila é impassible como una página en el blanco en la que ninguno puede leer; por que la ciudad estaba llena de familiares, y la inquisición acriminaba igualmente los actos, las intenciones y los pensamientos. En fin la puerta de la inquisición se abrió como una de las bocas del infierno; la procesión del auto de fé salió del palacio de la inquisición, y los condenados comenzaron su triste viaje hácia la muerte; Paula entonces se levantó de la piedra en que estaba sentada, y acercándose al carcelero que habia abierto la puerta, le suplicó le dejase ver de cerca el funebre cortejo.

« Mas el carcelero la separó brutalmente. ¡ Los infelices pagaban tan caro las menores complacencias! Paula volvió pues á su sitio y alargó el cuello para ver. La primera víctima que apareció fue un arzobispo, un santo sacerdote reverenciado en toda España; marchaba lentamente,

cubierta la cabeza con la lúgubre coraza, y vestido con el san Benito.

« Su andar era firme; sus ojos, llenos de resignación y de fé, expresaban un andar profundo. Dirigió al rededor de sí una mirada, y la volvió hácia el cielo como para clamar contra la iniquidad de sus jueces; luego su cabeza se inclinó sobre el pecho, y sus labios elocuentes, que tantas veces habian hecho oír la palabra de Dios, no presentaron ya más que una ironía amarga y dolorosa. Á este seguian dos religiosas, dos juvenes condenadas á la hoguera por haber abrazado la doctrina de Lutero. Estas dos juvenes tenian un valor heroico, marchaban á la muerte como á una fiesta.

« Paula las echó una mirada de triste simpatía; la respondieron con una sonrisa angelica mostrándole el cielo, como si hubiese querido darle á entender que todas las víctimas de la tierra apelaban al tribunal de Dios. El cuarto condenado era un joven marrano convencido de profesar en secreto la religión de sus mayores. Un ejemplar del Coran, heredado de sus padres, hallado en su casa, habia bastado para entregarle á las llamas. Este marchaba fiero y altivo. Sus ojos negros y activos, recorriendo esa bella ciudad de Sevilla en que los árabes habian reinado, parecían comparar en resumen rápido la época de los moros y la de la inquisición. La España debia parecerle entences como una bella joven educada para vivir entre las fiestas, acostumbrada á las noches armoniosas y llenas de alegría, á las caricias de las artes, de la poesia y del amor, que habia repentinamente cambiado sus adornos del festin con un silicio, sus noches de amor por noches de lamentos y de lágrimas, y en su rostro triste y pálido, lívida ya como el de los moribundos, hubiese tenido el funebre lienzo que separa de la vida. ¡ Oh! ¡ como debia latir el corazón de este hijo de los Abencerrages! ¡ como su sangre africana debia agitarse en sus venas abrasadoras, cuyos padres habian reinado! el habia sufrido no solo la esclavitud del cuerpo, sino tambien la de la inteligencia. Su hora de agonía debió ser espantosa. Pasó.

— ¡ Es demasiado! exclamaron los jueces.

— Dejadle, dejadle, dijo el presidente con voz baja, es el último favor que se le concede al reo.

— Otras dos víctimas desfilaron en silencio, continuó el joven dominico sin alterarse.

« Paula atenta, confusa, las contaba con una ansiedad

inexplicable. Caminaban con lentitud, como sombras que salían del sepulcro, porque el tormento había quebrantado sus miembros, y apenas tenían la fuerza suficiente para sostenerse. Paula las contó una á una, mirándolas con avidez al rostro, anhelante y acongojada, no sabiendo si ella debía esperar ó temer, á pesar de la promesa de Pedro Arbues; no obstante el había prometido. La comitiva continuó avanzando. Paula contó la duodécima víctima. Entonces, un profundo suspiro salió de su pecho; aspiró el aire con avidez, un peso enorme se había levantado de su corazón, y el colmo de su alegría hubo de venderla.

« Mas de pronto, á pocos pasos del duodécimo condenado, se presentó un espectro pálido y lívido, cuyos huesos dislocados habían sido quebrantados en el tormento. Dos sacerdotes y dos familiares le sostenían en sus brazos, le ayudaban á arrastrarse hácia el lugar del suplicio. Este hombre, que no tenía más de veinte y cuatro años, había sido de tal manera atormentado, que los músculos de su rostro se habían distendido y alargado como los de un anciano, su frente y sus mejillas estaban llenas de arrugas, y sus ojos negros y grandes, brillantes y febriles, en la vasta órbita hundida por el sufrimiento, brillaban con un fuego extraordinario, vacilantes é inciertos como la llama de una bujía pronta á extinguirse, que se eleva y se abate, centellea y oscurece, haciendo esfuerzos para no morir. Á la primera vista de este joven, estaba tan demudado, que Paula no le conoció. Mas él, al aspecto de la joven que había amado, alargó sus dos brazos descarnados y débiles, y solo entonces sus ojos expresaron un pensamiento bien formulado, un sentimiento de dolor y de ternura viva y desgarradora.

« — ¡Paula! ¡Paula! pronunció el desgraciado con voz desfalleciente.

« Luego cayó nuevamente sin movimiento en los brazos que le sostenía.

« Un grito ronco de desesperación salió del pecho de Paula. Quiso lanzarse hácia el reo, mas los esbirros se interpusieron entre ella y él, y no pudo conseguir el romper esa barrera viva é impenetrable. Entonces, como si ella hubiese sido impulsada por un poder horrible, se lanzó al traves de la multitud con la rapidez de una leona herida, recorrió las calles que la separaban del palacio inquisitorial, llegó ante la grande puerta; y allí como una loca se puso á gritar que quería ver al grande inquisidor.

« Nadie se atrevió á maltratarla, por que la creyeron demente; y á sus instancias reiteradas, se contentaron responderla que el inquisidor estaba ya en la plaza con la procesión. Mas despues de algunos instantes de inútiles esfuerzos, Paula se acercó á un familiar y le reconoció. Era el que la había conducido la primera vez junto al inquisidor.

« — Alejate, dijo este hombre en voz baja, ó yo te hago encerrar.

« Paula volvió hácia el cielo sus ojos llenos de ira, luego corrió sin detenerse hasta la plaza de Sevilla. Cuando llegó, altas llamas se elevaban al cielo mezcladas con torrentes de humo.... Todo había concluido. El grande inquisidor estaba tranquilo en su silla, y oraba por el alma de los que acababan de ser.... Entonces Paula, levantando hácia el cielo sus dos brazos convulsos por una desesperación inconcebible, Paula, sin mirar los que le rodeaban, sin pensar en esta multitud perdida y trémula que la miraba con estupor, levantó su voz terrible.

« — ¡Pedro Arbues, exclamó, maldito seas! ¡Pedro Arbues guardate de mi venganza!

« Pero las muchas voces de los espectadores había cubierto la de Paula; los que estaban á su lado se separaron para dejarla pasar, mirándola como una loca....

José calló; su pecho, violentamente opreso, se elevaba por un movimiento rápido y contenido del corazón; su frente, tan pálida, se había cubierto de un cármin subido, y copiosas gotas de sudor corrían por su rostro como perlas brillantes. En este momento era de una hermosura sobrehumana.

— ¡Y bien! ¿que ha sido de Paula? preguntó el presidente, llevado de una curiosidad y un interés irresistibles.

— Paula se ha vengado, respondió José con voz ronca; es la que asesinó á Pedro Arbues....

— ¿Qué significa eso? preguntó el presidente; explicaos; ¿qué puede tener de comun la joven de que acabais de referir la historia, con el dominico José?

— Señor, prosiguió José, ¿no os he dicho que Paula había jurado vengarse?

— ¿Pues como? preguntó el juez.

— Seis meses despues, continuó José, un joven se presentó en el convento de los dominicos de Sevilla. Este joven quería ser religioso. Tenía veinte años y no sabia una palabra de latin; pero tenia talento, una voluntad firme, y en menos de tres años había aprendido bastante

latín para que se le enseñase la teología. Luego en fin se le confirieron las primeras órdenes, y entró en el noviciado; después, se le ha hecho sacerdote y profesó en el orden de Santo Domingo.

«Durante este tiempo, Pedro Arbues, el grande inquisidor de Sevilla, había observado al novicio, y por uno de esos caprichos tan comunes entre los hombres de un carácter fantástico, arrebatado y cruel, se había hecho una necesidad de tener constantemente á ese joven á su lado. No hacía nada sin consultarle, y el novicio había puesto tanta astucia y arteria en sus relaciones con el grande inquisidor, que este, fascinado, sometido, no se atrevía ya á tener otra voluntad que la de José.

— ¡José! exclamaron los jueces, llenos de admiración. — Sí, José, prosiguió el dominico, José que se había hecho esclavo de Pedro Arbues para ser dueño de él; José, que, semejante á la mano que atiza el fuego, removía constantemente las pasiones malas de Pedro Arbues para conducirlo á su perdición; José, que, de un hombre cruel y relajado, ha hecho un monstruo, á fin de que no tuviese perdón para él sobre la tierra ni en el cielo; José que, después de haber hecho el nombre de Pedro Arbues odioso á toda la Andalucía, le ha herido, herido de muerte á fin de que no tuviese tiempo para arrepentirse, y que se perdiese para toda la eternidad. ¡José, en fin, que ha vengado á Paula! Al decir estas palabras, la voz del joven religioso tenía una vibración notable; sus miradas se dirigían hácia el cielo con una feroz expresión de alegría. Los jueces le creyeron loco: no comprendían nada todavía.

— ¿Es pues José y no Paula, quien ha muerto al inquisidor? preguntó el presidente por última vez.

— José y Paula, respondió el acusado; porque Paula y José son una sola y única persona. ¿No comprendéis, señor, que yo me he fingido hombre y fraile por vengarme?

— ¡Sacrilégio! exclamaron á la vez todos los jueces, que habían por fin comprendido este espantoso misterio; ¡doblemente sacrilégio por haber profanado el santo carácter sacerdotal, y haber asesinado un sacerdote!

— Lo que he hecho lo haría todavía, respondió Paula con una sombría exaltación. ¿Pedro Arbues no ha profanado la misión de sacerdote? ¿Todos vuestros inquisidores, iníquos verdugos manchados de lujuria y asesinato, no son profanadores é impíos? ¡Oh! señores, es tiempo

que la justicia real lleve la luz á las profundas tinieblas; porque, os lo digo con verdad, y Dios es testigo que no es por salvar mi vida, los tribunales de la inquisición son lugares infames que deberían quemarse, y los inquisidores, monstruos, con los cuales se deberían poblar los presidios!...

— ¡Basta! ¡basta! exclamó el presidente; acusado, nuestra paciencia se ha concluido. Si soy mujer, mayor todavía es vuestro crimen; pero mujer ú hombre, habeis merecido la muerte.

— ¡La muerte es la que yo quiero! dijo Paula, que después que había declarado su sexo, parecía haber recobrado todas las gracias interesantes de la mujer.

Los jueces se retiraron por algunos minutos á deliberar.

Durante este tiempo, Paula, tranquila y serena, esperaba sin turbación el resultado de su deliberación. Acababa de denunciar el triste drama de su vida; la vida le era insoportable ahora. Cuando los jueces volvieron, sus caras tenían una severidad admirable: sin embargo, una involuntaria piedad se leía en sus graves fisonomías. El presidente se levantó, y sin mirar á la acusada, pronunció así su sentencia:

«En vista de que el señor grande inquisidor ha percido de muerte violenta, que esa muerte ha sido dada por un asesino; que este asesino ha confesado su crimen; que la llamada Paula, falsamente conocida con el nombre de José, religioso dominico, individuo de la inquisición, ha profanado todo para llegar á la perpetración de este crimen; que el acusado á declarado, y confesado los crímenes de que se le acusa, el tribunal, que cree en Dios padre, en Dios hijo y en Dios Espíritu Santo, tres personas distintas que no forman más de un solo Dios verdadero, se ha postrado ante el Señor pidiéndole la gracia de que le dictase el fallo que debía pronunciar, de donde resulta que su conciencia está tranquila. Por estos motivos, el tribunal que condena á la llamada Paula, prevenida y convencida del crimen de asesinato y sacrilégio en la persona del señor Pedro Arbues, grande inquisidor de Sevilla, á la pena de muerte. Y en atención á que, en la perpetración de este crimen, ha habido larga premeditación, el tribunal, conforme á las leyes del reino, condena á la dicha Paula á ser enrodada viva, y luego escuartizada. Y á causa del parricidio, á que se le corte y queme la mano derecha por la del verdugo. Después

de la ejecución de esta sentencia, los miembros de la ajusticiada serán espuestos en los caminos y abandonados al pasto de las fieras, con prohibición de darles sepultura.

« Hecho en Sevilla, etc. »

Paula había escuchado su sentencia sin temblar, pero á las palabras « sus miembros serán espuestos en los caminos con prohibición de darles sepultura, » un profundo sentimiento de disgusto, de pudor y de horror del abandono después de la muerte, hizo por un momento vacilar su valor. Colocó su mano sobre los ojos como para no ver ese espectáculo horrible que se presentaba á su pensamiento; cuando se levantó para ser conducida á la capilla de la cárcel en que debía pasar la noche, un temblor convulsivo agitaba sus miembros; apenas podía sostenerse. Mas al salir del tribunal distinguió entre la gente una anciana alta y pálida, que le miró con ojos tiernos como para decirle:

— Me habeis engañado, pero estoy aquí.

— ¡Oh! exclamó Paula al percibirla, ahora puedo morir tranquila, viva ó muerta ella velará por mí.

Esta mujer era Juana. Habiendo partido con Estévan y Dolores por obedecer á Paula, al cabo de dos días de marcha había dejado sus compañeros de viaje y había vuelto á Sevilla, inquieta por la joven que había lactado y á la cual había dedicado su existencia, hasta el punto de seguirla en todas las fases y los incidentes de su incomparable venganza; pero conociendo poco los caminos, Juana se había extraviado; este era el motivo porque no había llegado á Sevilla hasta después del juicio de Paula.

XLVIII.

La capilla.

Existe un uso piadoso en España, cuando un hombre es condenado á muerte, dejarle pasar cuarenta y ocho horas encerrado en un calabozo transformado en capilla. Allí, la religión ofrece, bajo todas las formas, sus piadosos socorros y sus poderosos consuelos al que va á morir. Varios sacerdotes, relevándose de hora en hora, le asisten y le consuelan procurando fortificarle, con la esperanza, contra los horrores del suplicio. La cofradía de la Paz y Caridad, tierna madre de todos los que reclama el verdugo, vela para hacerles dulces sus últimas horas y prodigándoles los cuidados más asiduos, satisfaciéndoles sus menores caprichos; y además, se permite á estos infelices entretenerse con sus parientes y amigos.

Se les da, en una palabra, todos los consuelos permitidos á la caridad por la ley, pero que no traspasan jamás los límites de sus derechos.

La capilla en que José estaba encerrado era una bóveda subterránea no de frágiles columnas, cuyos capiteles alargados en hojas delicadas y ligeras se redondeaban en lo alto en cabezas de palmas; era una escultura sarracena, graciosa imitación de la naturaleza de Africa. Sobre el altar sombrío y cubierto con un paño negro, ardian, á los dos lados de un Cristo, velas de cera verde. Á la derecha del altar, dos sillones estaban colocados: el uno para el paciente, el otro destinado á los religiosos que venian á exortarle. Sobre la tierra, en un rincón, se veian un ancho escalpelo, cuerdas y una grande aspa de San Andres de madera de encina, en la cual descansaba una pesada maza de hierro. Eran los instrumentos del suplicio....

Paula no hizo aprecio de ellos. En este momento supremo que iba á finalizar su vida, todavía tan joven, una duda cruel la asediaba. Ella habia sido educada en hábitos piadosos. Un sentimiento de odio legítimo é insuperable, un deseo desenfrenado de venganza, le habian sucesivamente arrastrado á la profanación de una porción de cosas santas, y en fin al asesinato, el crimen más abominable á los ojos de Dios. Este crimen, ella le habia perpetrado con perseverancia, sin vacilar, sin remordimiento; habia, es cierto, muerto á un monstruo, manchado con asesinatos, violaciones y rapinas, y sin embargo se preguntaba ahora con inexplicables terrores si Dios grande y misericordioso, Dios, que sin duda habia recibido en su seno a ese Fernando amado, al que ella habia sacrificado su vida, no la rechazaria como indigna de los bienes celestes.

Se arrodilló sobre la tierra desnuda de la capilla, y apoyó su frente, que abrasaba, sobre el mármol del altar.

En este momento, un fraile entró en la capilla; Paula se echó á sus pies, y le refirió llorando todas sus angustias. Este fraile la consoló hablando del horroroso suplicio que iba á sufrir, exhortándola á olvidar su amor sacrilego por un hereje, y á implorar la misericordia de Dios y la del señor Arbues, mártir que de lo alto del cielo le perdonaba sin duda, luego le habló largamente de la gracia, del éxtasis, de la beatitud...

Paula se levantó desesperada: ella habia dado sobre una piedra, y nada habia respondido á la ansiedad de su alma. La hora sonaba, el fraile se retiró como un soldado que habia concluido su facción. Así los ejercicios de la divina religión del Salvador pierden, al pasar por manos estúpidas, toda su suave poesia, sus angelicos consuelos.

— ¡Oh! dijo Paula con amargura y disgusto: deberia haberme acordado de que estos frailes son brutos, máquinas vivas que obran por hábito y no por convicción; el espíritu del cielo no está en ellos, son autómatas; en ellos, la materia es sola la que obra.

« ¡Señor, Dios mio! prosiguió, vos habeis sido el mártir de los malos sacerdotes y de los hipócritas; perdonadme, porque yo he sido su mártir tambien.

« Vos que habeis traído al mundo una ley de amor y no habeis enseñado más que el amor, perdonadme, ¡Dios mio! porque soy culpable por haber amado.

Hablando así, Paula derramaba lágrimas abrasadoras y amargas; su cuerpo flexible, encorbado sobre si misma,

tenia una gracia dolorosa imposible de describir. Ella no habia conservado de su hábito más que su túnica de lana blanca; y como sus cabellos, no habian sido rasurados hácia ocho días, habian ligeramente crecido, su fisonomía habia variado mucho. Al verla así, bella y delicada, y sin embargo imponente por el hábito que habia tomado de mandar, se estaba indeciso, no adivinando su sexo al primer golpe de vista. Era Paula, y no obstante todavía era José; una singular mezcla de gracia y de fuerza, de energía y de ternura. Esta pobre mujer sencilla y dulce, que, tan joven todavía, habia aprendido tantas cosas de la vida, tenia un encanto doloroso y tierno. Así reclinada en los escalones del altar, al frente los instrumentos del tormento que al día siguiente iban á quebrantar sus miembros, parecia una flor marchita é inclinada sobre el abismo que debia tragaria, como para enternecerle y suplicarle. Pero, por más que ella se dirigia á todas las cosas que la rodeaban, nada podia responder á las necesidades de su alma, ni en lo presente ni en el porvenir.

Entonces, como el viajero que se pierde y vuelve al camino que ha ya reconocido, Paula hizo un retroceso, volvió lentamente á su vida pasada, teniendo cuidado de ojear las páginas una á una para no dejar nada olvidado. Y leyendo así en el libro de su memoria, se vió niña blanca y pura, jugando bajo los naranjos floridos de la Alhambra, la maravillosa mora, viendo en su alma ardiente y fiera el amor de un noble y ardiente caballero, que colocaba sobre su frente la blanca corona de las vírgenes. Ella recorrió todas las iglesias de Granada, bazar oriental de donde venia á consumirse bajo mil formas las riquezas de Méjico.

Y al comparar sus sensaciones sencillas de entonces, su admiración candida por todas estas maravillas terrestres con su amargo esceptismo de presente, Paula comprendió por que el clero queria á todo trance prolongar la ignorancia del pueblo.

Luego se preguntó si no era horriblemente criminal emplear medios tan terrenales para hacer amar y adorar al rey del cielo. Pero Paula, que habia podido sondear hasta el fondo todas las iniquidades de estas almas de sacerdotes, sabia bien que la gloria de Dios no era más que el pretexto y no el objeto de sus miserables gazmoñerías. Sin embargo, experimentó un encanto dulce y tierno al acordarse de esos días de ignorancia y de abandono na-

tural á la fé que le inspiraba, sus trasportes de júbilo y de éxtasis cuando, arrodillada ante una imagen de Cristo vertiendo lágrimas al tiempo de su pasión (1), le parecia ver llorar al Salvador mismo, del cual se le habia contado la interesante y sublime historia.

Luego, se volvió á contemplar huérfana, recogida por esa noble familia de Cazalla tan santa y tan pura; se vió al lado de su bello prometido, su dulce y adorado Fernando. Mas, á este cuadro tan puro, en lontananza, venian pronto á mezclarse tonos siniestros, muertos profanados, vivos perseguidos y ajusticiados, su Fernando condenado al suplicio, y ella misma...

¡Oh! á este recuerdo terrible, su alma se llenó de amargura y contó hora por hora, minuto por minuto, los días que habia así pasado, arrastrando su cadena de esclavitud, besando los pies del tigre que ella aborrecia, cubriendo sus ojos llenos de lágrimas con una sonrisa hipócrita, su frente abatida, con una aureola de alegría, renunciando aún la acción temerosa de profanarla, inventando á cada hora una nueva arteria, sumergiéndose con disgusto en el abismo de la hajeza y del lujo en que vivian los ministros de Cristo, aplaudiendo sus vicios, sirviéndoles á veces en ellos, y todo por adormecer, por extinguir la desesperación inmensurable de su alma.

Por último, en fin, ella, dulce, tímida y compasiva, ar-

(1) Hacia mediados del último siglo habia ad Aurillac, departamento de Cantal, un convento de carmelitas que poseia una efigie de la Magdalena, que lloraba los días de su festividad. Este mismo convento poseia tambien un Cristo que, durante la semana de pasión, vertia abundantes lágrimas. El secreto de estos dos milagros fué revelado por un hermano lego, sacristan del convento, á un colegial de los jesuitas que nos lo ha contado. Los milagros se operaban de tal manera:

La estatua de la Magdalena, era de barro hueco y contenia un brasero en el cual, después de haber encendido fuego, los frailes ponian un aparato en forma de alambique cuyo pico se prolongaba hasta la cabeza de la santa. Este aparato contenia agua que reducida á vapor por el calor, iba á condensarse en la cabeza de la estatua, de donde, por dos canalitos, caia en una esponja que estaba colocada detrás de los ojos, abiertos en su parte inferior con muchos agujeritos; una vez bien embebida, esta esponja despedia el agua superabundante por los agujeros de los ojos que parecian llorar lágrimas naturales.

En cuanto al Cristo estaba arrimado á una pared detrás de la cual se hallaba una parrá. Nadie ignora que la vid llora al principio de la primavera, es decir hácia el final de la cuaresma. Aprovechándose de esta observación los frailes habian hecho pasar por detrás, al través de la tapia dos vastajos de sarmiento recientemente podados que iban á dar á los dos ángulos anteriores de los ojos de Cristo, y producian así esas lágrimas milagrosas, que el crédulo pueblo iba á recoger con grande veneración, y en recompensa de las cuales jamás dejaban de dejar su ofrenda en la bandeja de plata colocada á los pies del Cristo.

naba su debil mano con el puñal, y al pié mismo del altar, inmolaba al que la habia perdido... Le veia con los ojos fijos, el cuello ensangrentado pronunciando estas palabras en su último aliento.

— ¡Dios es justo!

« ¡Si, Dios es justo! exclamó Paula levantándose con un movimiento energico; Dios es justo, me perdonará.

« ¡Oh! prosiguió con un lamento de inexplicable agonía, el mártirio no es un bautismo ¿y no cumpliré el mio sobre una cruz?...

Al volverse, Paula habia percibido los instrumentos de su suplicio, y lejos de que la vista de estos objetos terribles la espantase, experimentó un indecible y cruel placer en calcular los horribles dolores que tendria que sufrir; porque, cuanto mas terribles é intolerables le parecian, más íntima confianza tenia en que Dios, uniéndolos á los largos tormentos de su vida, bastaria para expiar sus faltas y ser perdonadas! Paula no queria más que reunirse con Fernando. La puerta de la capilla se abrió; y dos caballeros, miembros de la Paz y Caridad, preguntaron, con toda la cortesía pasible, si el reo necesitaba alguna cosa.

— Nada para esta vida, señores, respondió Paula con una sonrisa angelical: pero para la otra...

— Cuidaremos de eso tambien, añadieron los caballeros acercándose á Paula; haremos que se ruegue á Dios y se digan misas por el descanso de vuestra alma.

— Señores, dijo Paula, nada de oraciones de sacerdotes, os lo suplico; las vuestras solas, que no serán venales ni hipócritas... y luego...

— Joven, interrumpió uno de los caballeros, sed, os lo suplico, más moderado en vuestras palabras; los sacerdotes son las guias de nuestras almas.

— Yo los conozco mejor que vos, dijo Paula con prontitud; pero las creencias son libres, señor, y pues quereis cumplir las últimas voluntades de una moribunda, tomad de ello, y dadselo á la más pobre joven de España para que se case.

Diciendo esto, Paula habia sacado de su seno una cruz de diamantes, era una alhaja de grande valor que heredara de su madre.

— ¡Lo cumplireis, señor, no es cierto? añadió.

— Os lo prometo, dijo el caballero.

— Gracias, señor; cuento con ello, es la única que me resta, que sirva á lo menos para hacer feliz á alguno...

— ¿Nada más? preguntó el hermano de la Paz y Caridad.

— Otra cosa hay todavía, dijo Paula con algo de duda.

— Hablad, todo lo que dependa de nosotros se os concederá.

— Al venir aquí, señores, prosiguió ella, debéis haber visto una pobre mujer vestida de negro que lloraba acaso bajo el velo mirando esta prisión. Esa mujer, es mi madre, es la que me ha lactado. No se niega á los reos la gracia de abrazar por última vez á los que han amado; ¡ pues bien! haced que venga esa mujer, señor, y pedir que se la deje llegar á este lugar.

— Vuestros deseos serán cumplidos, respondió el piadoso caballero.

Y salió al momento con el hermano que habia entrado con él. En este momento, un segundo sacerdote de la orden de los agonizantes reemplazaba al que habia oido en confesión á Paula. Se acercó á la joven, y continuó las exhortaciones del primero.

Paula le dejó hablar sin responderle, ella oraba interiormente y no con los labios, para implorar al grande dispensador de las misericordias; no tenia necesidad de semejante intercesor, el habia amortiguado su fervor en lugar de reanimarle. Ella permaneció silenciosa y recogida esperando la ejecución de la promesa del caballero, mientras que el fraile, comodamente sentado en su sillón, habia inclinado su cabeza sobre su pecho, se habia ligeramente dormido rezando la letania.

Paula tenia la vista fija en la puerta; su alma no podia ser distraída de la esperanza que habia concebido de ver á su nodriza por última vez. Su esperanza no fué vana, el caballero volvió luego seguido de esta mujer vestida de negro que le habia indicado Paula, y que habia efectivamente hallado á la entrada de la cárcel.

Al verse, Paula y su nodriza no tuvieron palabras, mas la primera se echó en los brazos de la que la habia lactado, y en ellos, por la primera vez después de muchos años, lloró sin temor. Por respeto á esta última entrevista, los hermanos de la Paz y Caridad se habian retirado.

Era costumbre tambien que el sacerdote dejase al reo hablar libremente con los que se permitia visitarles. El fraile agonizante no chistó: á la llegada de Juana, entreabrió los ojos, luego continuó recitando sus oraciones en voz baja. Cuando Paula hubo vertido en el seno de su nodriza todas las lágrimas retenidas por tanto tiempo,

levantó la cabeza, y fijando sus grandes ojos negros en los de su anciana nodriza, le dijo con una suma ternura:

— ¿Quieres morir tambien?

— Después de tí solamente, respondió Juana.

— Tienes razón, dijo Paula con un amargo desprecio de la vida, ¿que harías sola en este mundo?

— ¿No es cierto? contestó la severa Juana, como si para estas dos mujeres que habian vivido solo de afecto y de amor, la vida terrenal no fuese nada sin la del alma, y que no hubiesen sido creadas más que para vivir como los arcangeles, de extasis.

¡Oh bienaventuradas las naturalezas que procedentes de Dios, vivís en él y volvéis á él sin ser jamás separadas! porque el que vive solo de amor existe en Dios. Luego permanecieron en silencio una al lado de la otra, las manos afectuosamente estrechadas, saboreando la felicidad de verse todavía antes de su separación de un día. Nada tenian ya que decirse, la tierra no existia para ellas, iban á morir... y encontrarse... Habian pasado asi juntas una hora sin contar los minutos; un esbirro entró en la capilla para advertirlas que era tiempo de separarse. Solo entonces la duda que le habia asediado volvió á agitar el espíritu de Paula, y como su nodriza la dirigió sus dos brazos para estrecharla en el último beso, ella le dijo con pena:

— ¿No es cierto que Dios me recibirá en su seno y que me ha perdonado?

— ¡Pobre victima! respondió Paula; está tranquila, nos volveremos á ver....

Una chispa celeste resplandeció á estas palabras en el rostro de Paula.

Ella presentó su hermosa mejilla al beso de su madre adoptiva; Juana la besó con afecto y salió diciendo:

— Hasta luego....

Paula quedó sumida en un extasis celeste que duró hasta el otro día.